

Daniel Rodríguez Barrón

Retrato de mi madre con perros



Daniel Rodríguez Barrón

Retrato de mi madre con perros

CONTENIDO

Y también te digo, madre, que cada uno de nosotros es culpable de todo ante todos, y yo más que ninguno.

FIÓDOR M. DOSTOIEVSKI,
Los hermanos Karamázov

Acuérdate de mi aflicción y de mi abatimiento, del ajenjo y de la hiel.

JEREMÍAS, 3:19

—Huiste.

—No quería morir.

Mientras todo el mundo hacía cola en los bares, yo decidí ir al teatro. Era la última noche en que las tiendas, los cines y los restaurantes estarían abiertos. Hacía años que no me acercaba a una sala de teatro. Pero me topé con una chica tatuada que, con infinito desdén, me ofreció un volante. Se leía: «*Lástima que sea una puta*, de John Ford. Última noche». Caminé unas cuadras hasta uno de esos foros *underground* que la gentrificación había convertido sucesivamente en *green bar*, mezcalería, tetería, *boutique* de ropa de diseñador y ahora teatro de barrio. No había nadie en la taquilla, no había nada en dulcería y la sala estaba vacía. Esperé a que diera la hora de la función. Tosí ostentosamente para indicar que había público. Las luces se apagaron. Durante un rato escuché con atención los intercambios de ingenio entre los protagonistas, pero no podía entrar a la ficción. Los actores vestían con su ropa de diario. No se creían sus papeles. Parecían asustados, como si los hubieran amenazado de muerte si no continuaban con la función. La escenografía de cartón era triste y estaba húmeda. Me sentí en libertad de echarme a reír ante los absurdos de la obra, hasta que entraron tres personas vestidas de negro y se sentaron en la primera fila. Instintivamente miré a mis espaldas por si alguien se sentaba detrás de mí: las filas estaban vacías. Me preparé para lo peor, pero durante un rato no ocurrió nada. Sin embargo, cuando Giovanni, el protagonista incestuoso, quiso asesinar a su hermana Annabella, comencé a sentir que me faltaba la respiración. Intenté tranquilizarme diciéndome que todo estaba bien, pero la alarma en mi cabeza se había disparado. Volví la vista hacia las salidas de emergencia.

—Están allí —me dije.

—¿Y si por un descuido las hubieran cerrado desde afuera? —me burlé.

—¿Y si todo esto fuera una trampa? —escuché otra vez.

—¿Todo esto? ¿El teatro, la ciudad, la vida? —dije para joder.

Sentí un disparo tibio de adrenalina, como la orina de un niño cuando se mea en la cama. Me levanté de mi asiento por impulso, provocando que los actores dejaran un momento su tragedia y se giraran a verme. Regresé a mi lugar por pura vergüenza. Entonces las tres figuras de la primera fila voltearon sus rostros como las niñitas amadas por el demonio en las películas. A la derecha una mujer en sus treinta. Al centro un pelón. A la izquierda otra mujer parecida a la primera, acaso más vieja. Era difícil verlos, a pesar de estar iluminados por las luces azules de la obra que los volvía fantasmales.

Me miraban como si me conocieran y en mitad de mi ataque de pánico, me pregunté si los había visto antes. Me levanté de nuevo y me acerqué a la salida de emergencia sin importarme si hacía ruido. Las luces del escenario se encendían y apagaban sin sentido, y los personajes gritaban horrorizados porque un Giovanni más histérico que yo estaba matando a Annabella. La salida estaba cubierta con un telón, lo cual me pareció una completa estupidez.

—¿Y si hubiera un incendio?

—Lo primero en quemarse serían las cortinas y sería imposible llegar a las puertas —me respondí mientras buscaba a tientas el picaporte y Giovanni le estaba abriendo el pecho a una Annabella que chillaba salvajemente como un animal degollado. Finalmente, el protagonista le arrancaba el corazón en el mejor estilo mexica y lo lanzaba al centro de una mesa. En un segundo me pregunté si aquello que palpitaba sobre la utilería era el corazón de una vaca o de un cerdo, y aproveché la confusión y los gritos falsos de los actores para gritar de verdad pidiendo auxilio.

—¡Déjenme salir!

Alguien debió escucharme y abrió desde afuera la puerta. Salí corriendo.

Afuera todo transcurría con normalidad: los drones que vigilaban la zona de peste zumbaban como abejorros carpinteros y pasaban rozando nuestras coronillas, la gente trabajaba en sus celulares, sentados, de pie, caminando, los jóvenes y los viejos, adolescentes y enfermos, todos trabajaban arduamente. Sólo un perro, violentamente afectado de sarna, que atravesaba la calle con parsimonia, como un emperador envejecido, parecía verdaderamente vivo en medio de todos nosotros. Busqué con la mirada una bicicleta o un patín del diablo, encontré uno, lo desbloqueé con mi celular y me largué tan rápido como pude.

Me sentí ridiculizado por mi ataque de pánico. No era la primera vez que me sucedía. Entré al baño con la intención de lavarme la cara y tomarme un whiskey. Mi madre guardaba el whiskey en el baño, dentro del botiquín, entre las medicinas. Yo continué la tradición. Necesitaba regresar al viejo vicio, a la manía reconfortante, a las ansiedades que eran un puerto seguro frente a una crisis nerviosa. Aunque a veces, incluso en nuestros mejores refugios, tenemos la sensación de habitar una celda. Mientras el primer whiskey incendiaba mi esófago, percibí un olor a la vez familiar y extraño. Uno de esos olores que parecen surgir más de la imaginación que de un fenómeno químico. El segundo trago disimuló las heridas dejadas por el primero y el olor se afinó. Me acerqué a revisar los jabones, los bloqueadores solares, las cremas de día y las de noche, las de contorno de ojos, los sueros, los tónicos, los desodorantes, ese pantano de esencias que mi madre había dejado como prueba de su imperio sobre mi vida. Abrí cada pomo, cada cajita de sombras o rubor, y con una paciencia que me era ajena, me unté cada uno de ellos, intentando descubrir de dónde venía aquel aroma, hasta que descubrí en el espejo mi rostro desfigurado por el maquillaje. Pero todo era indiferente, nada la invocaba por completo, eran sus pertenencias, pero no había allí nada que fuera verdaderamente esa mujer.

—¿Los olores tienen sexo? —me preguntó mi cabeza.

—¿Es ella?

Levanté la tapa del escusado y lo encontré, era un olor espeso, cargado, y a la vez tan poco diferenciado que tuve que aspirar fuerte una segunda vez para recuperarlo por completo. Olía a comida pasada y mala digestión. Solté una carcajada y de inmediato una ráfaga proustiana me devolvió a mi infancia de golpe.

Jamás me separaba de mi madre. La seguía incluso al baño. Madre se bajaba los calzones y se acomodaba en la taza. Yo arrimaba un

banquito de madera y me sentaba frente a ella. Mientras defecaba me leía algún cuento, o repasaba los parlamentos de la obra que estuviera ensayando, y se tiraba unos pedos con los que buscaba reproducir ciertas tonadas que nos hacían morir de risa. Me pedía que encendiera la veladora que estaba sobre el lavabo y el ambiente se llenaba de olor a rosas y pedos. ¿Qué música es esa?, me animaba a adivinar el nombre de la canción que intentaba hacer sonar con sus gases, pero inevitablemente se le escapaban demasiado rápido, como un globo desinflándose. A ver, ¿qué melodía es esta? No sé, decía yo. Pues va otra vez, y volvía a intentarlo. No sé. Pero si es muy fácil, ¡es *Todo lo que necesitas es amor*!, decía imitando el tono severo de mi padre cuando ponía música de los Beatles.

Me eché a reír y de pronto, a mi risa se sumó una carcajada que hizo trizas el recuerdo y me puso en guardia. ¿Madre, eres tú?

Deletreas muy despacio una pinta en la pared:

Estaba la madre de vuelta.

Abro las cajas rotuladas con mi nombre. Cuando me fui, allí debieron guardar mis cosas. No hay mucho: un puñado de libros, películas y música en CD. No me reconozco en ellos. Eran títulos comunes, música de moda. Sin embargo, me levanto a poner uno y apenas le pongo *play,* escucho:

—Hijo mío.

Un escalofrío me abre en dos la espalda.

—¿Madre?

Ayer maravilla fui y ahora ni sombra soy…

—No me digas que te doy miedo.

—Siempre.

—¿Así recibes a tu madre?

Hay muertos que no hacen ruido, ay, Llorona…

—¿A qué viniste?

—Tenemos que hablar…

Y es más grande su penar…

—¡Hablar! Pues déjame echarme un trago porque así en carne viva no podría. —Doy unos pasos hacia el baño pero regreso a preguntar—: Oye, ¿te has estado tirando pedos? Los huelo, los oigo, ¿estabas tocando *La felicidad es un arma caliente* o era *Todo lo que necesitas es amor*?

Y la risa brutal de mi madre hace vibrar los muebles. Comienzo a buscar mis pastillas. Esto no puede estar sucediendo. No es miedo, más bien me parece ridículo y tonto ver allí, en plena sala, a mi madre muerta.

Dos besos llevo en el alma, Llorona, que no se apartan de mí. El primero de mi madre, Llorona, y el último que te di. No me dejaron asistir a su funeral, no pude despedirme. Pero me contaron que mi padre puso a todo volumen en su celular *Obladi Oblada* y, para desconcierto general, animó a los presentes a cantarla en voz alta, con el pretexto de que, según él, era la canción favorita de mi madre. Aunque yo no recuerdo que la hubiera interpretado jamás con flatulencias.

—Las pastillas están allí, en la mesita.

—Ya las vi, ¿quieres una?

—Ya no las necesito, mijo. Pero tómalas, te espero.

Abro el pastillero y me dirijo al baño. Quiero servirme otro whiskey y me detengo en el vano de la puerta, me sorprende ver la tina húmeda, como si recién la hubieran usado. Me hinco, la toco y compruebo que está tibia. A veces no es que uno quiera recordar, son los objetos los que nos llaman, nos cuentan cosas obscenas. Me sirvo

un trago, regreso a la sala y me asombro al verla: una mujer mayor, vestida de negro, con la *blusa corrida hasta la oreja y la falda bajada hasta el huesito*, la cabeza cubierta con un velo calado de rosas, y armada con docenas de abalorios que brillan y tintinean en su pecho, las manos pecosas, las uñas sucias y vueltas hacia dentro, como si pertenecieran a un reptil.

—¿De qué vas disfrazada?

—¿No me reconoces?

—No.

—¿Seguro?

—No, ¿quién eres?

—«¡Que fuego malo te queme, que tan puta vieja era tu madre como yo! Allégate a mí, ven acá, que mil azotes y puñaladas te di en este mundo y otros tantos besos. ¿Te acuerdas cuando dormías a mis pies, loquito?».

—«Y algunas veces, aunque era niño, me subías a la cabecera y me apretabas contra tus pechos». ¡La Celestina!, carajo, madre, qué infantil.

—Era tu personaje favorito, ¿no?

—¿Qué quieres?

—Ya sabes qué quiero.

—…

—¿Ya no te acuerdas?

—Lo recuerdo todo, madre, no hago más que recordar.

—¿Entonces?

Madre se quita la pañoleta y puedo ver una mancha turbia alrededor de su cuello lleno de verrugas, como si llevara un collar de blandas púas.

—No hagas eso, madre.

—Tienes que vengar mi muerte.

—¿De qué serviría?

—Para mi descanso…

—Tú no vas a descansar nunca.

—Entonces para el tuyo.

Me encamino otra vez al baño, al whiskey, y por mero reflejo volteo para ofrecerle un trago.

—Madre, ¿quieres…?

Pero ya no está, sólo queda una mancha negra allí donde estuvo parada.

Le pongo cinco gotas de clonazepam a mi whiskey para ver si mañana por la mañana consigo que todo esto parezca un sueño o una pesadilla. La ciudad está apestada, a la gente la creman en las calles y voy a cumplir años en unos días. Si tenemos en cuenta eso, ver al fantasma de mi madre y hablar con él es lo de menos, ¿o no?

El temor más grande de mi madre era no poder reconocerse una vez que hubiera muerto. Tenía miedo de la muerte no tanto porque iba a desaparecer por completo sino porque iba a dejar de ser ella. Era una de las pocas personas que he conocido bestialmente satisfechas consigo mismas. En mi alucinación estaba congelada en sus mejores años, más o menos la edad que yo tengo ahora.

Prendo la computadora y busco en la red a la actriz que fue mi madre. Necesito verla sin disfraz, como era cuando estaba en casa. Ya casi nadie la recuerda, aunque yo me sé de memoria su número, LBZ460707, lo tecleo y observo el resultado. Un usuario, el GVL8568-2054, fanático de las actrices de reparto, hace un chiste ingenioso sobre ella. Nadie más. Por enésima vez ingreso una breve biografía, a sabiendas de que está prohibido escribir sobre los muertos. El sistema lo borra automáticamente horas después, cuando comprueba que el número ha sido dado de baja, y envía un extrañamiento al celular pidiendo que no alimentemos con basura a la Gran Inteligencia. A pesar de todo, escribo: «Se aparece como fantasma vestida de La Celestina». Después me distraigo mirando videos. Choques automovilísticos. Caídas y fracturas. Pelotazos en los huevos. Animales de compañía contando con las patas hasta el diez, bailando o siendo tiernos. Y me relajo hasta quedarme dormido.

—¿Cómo me encontraste?

—¡Tú querías que te encontráramos!

JF8525681 Sep. 10, 2070 1100 h

No elegimos nunca. Somos rehenes de nuestras sensaciones, de nuestras impresiones, de nuestras histerias. Nuestros estados de ánimo pueden durar cinco minutos o diez días y no podemos hacer nada, excepto ser vividos por ellos. Somos un puño de nervios y excreciones, reventamos todo el día y toda la noche, fabricamos mierda y lágrimas y semen y sangre muy a pesar nuestro. Por eso odiamos a las vacas y nos comemos a los cerdos, por eso arrancamos la piel de perros y zorros para hacer correas que sujeten elegantemente nuestras carnes, queremos que ellos sean las fábricas que no queremos ver en nosotros, las mujeres son vacas que dan leche, los hombres cerdos con grasa para alimentar a familias enteras y no queremos serlo, no queremos ser animales y por eso nos sentimos culpables día y noche y no aspiramos a otra cosa que a sentirnos, a sabernos culpables. Y no es que merezcamos un castigo ejemplar. No hemos hecho otra cosa que joder la vida de este mundo que de todos modos siempre está listo para irse a la mierda. Pero es absolutamente tranquilizador saber que somos culpables y que seremos castigados. Antes de que todo esto ocurra deberíamos matar al padre y su verga erecta, dar muerte a la madre y su coño hospitalario. No hago nada, no he hecho nada y debo morir por ello, no le sirvo a nadie, no sé estar a favor ni en contra de nada.

Ruido de botas que suben a toda prisa las escaleras. Suena como un ejército completo. Al mismo tiempo se escucha gente que se oculta, que grita y da vuelta a las llaves en las cerraduras. Ya vienen por mí y quisiera gritar ¡aquí estoy!, ¡aquí estoy! ¡Llévenme a mí, hagan de mí *algo*! Quiero ser llamado criminal, quiero que me encuentren tirado en la basura, quiero que me arranquen la piel como a los perros y que se rían de mis aullidos de dolor, quiero ver a esos hombres que van a matarme, quiero verlos fumando un cigarro mientras me arrojan aún vivo al crematorio y pateo desde dentro del horno con los últimos reflejos de mis nervios, vengan, hagan de mí *algo*… El ruido pasa de largo frente a mi puerta. Me asomo por la mirilla. Es el Comité de Salvación Pública y está pateando la puerta de enfrente hasta romperla. Gritos y objetos que se quiebran. El vecino, golpeado, sale arrastrado por varios hombres.

—¡No tengo nada! ¡No estoy infectado! ¡No estoy infectado!

Como respuesta recibe más golpes. Alguien debió denunciarlo.

Crepitar de carne quemada y olor a mierda.

Los autos habían dejado de circular desde hacía tiempo por la falta de gasolina. Al principio nos dijeron que la escasez se debía a la guerra contra los ladrones de gasolina. Poco a poco nos acostumbraron al racionamiento, y ahora sólo se llenan los tanques de los medios de transporte públicos. Los autos particulares fueron abandonados en parques, sirven de bancas, de viviendas para los vagos, de bodegas improvisadas o casitas para perros y gatos.

Ahora los comercios también están a punto de cerrar por la peste. Sólo las farmacias abren en horarios de costumbre y únicamente venden cubrebocas y guantes de látex. Una ciudad que crecía a la velocidad del cáncer, que presumía de ser la más contaminada, la más poblada, se había detenido por un virus que no tenía cura. O eso nos dijeron, porque no se sabían de dónde había salido ni cuándo había empezado, pero podías protegerte de él por completo sólo con guantes y cubrebocas.

Simulacros.

A nadie le impresionó demasiado que se buscara cerrar los comercios para declarar enseguida un toque de queda. Hacía tiempo, después de aquella expropiación estatal de la gasolina, que se habían cerrado escuelas y oficinas y nos convertimos en una nueva clase social: los simulacros. Somos insumos de la Gran Inteligencia y nuestro trabajo consiste en escribir por lo menos una vez al día nuestras impresiones, ideas, sueños o imaginaciones. Debemos dotar a la Gran Inteligencia de todas las posibilidades humanas, tiene que saberlo todo, comprenderlo todo. Podemos escribir sobre amor y sexo, sobre el bien y el mal, podemos hacer chistes e incluso tenemos permitida la tristeza, el único tema prohibido son los muertos. No podemos hablar de ningún número que haya sido dado de baja.

Por este trabajo nos depositan puntos en nuestro celular y con ello podemos adquirir alimentos y bebidas y pagar el transporte, ya sea el colectivo o las bicis y los patines del diablo que hay por toda la ciudad. No podemos comprar nada más por la sencilla razón de que no hay nada que comprar. No existen los lujos: ni joyas ni libros. Vestimos con nuestras ropas viejas, o bien con los overoles que nos da el Estado una vez por año. No podemos salir de la ciudad porque no existe un transporte que salga de aquí. Hay leyendas de gente que consiguió escapar, aunque no sabemos adónde ni si siguen con vida.

En la red no hay mapas ni información que no provenga del Estado. Sólo hay una red social donde escribimos todos.

Vagos.

La única otra clase social en la ciudad son los vagos. Aquellos que no eran aptos para escribir o no tenían nada que contar, eran destinados al servicio. Se convertían en meseros, gente de limpieza, choferes, tenderos, plomeros y electricistas. Se trata de gente mayor que no quiso seguir escribiendo, que se dio por vencida y no participa en la red social. Ellos, los vagos, tienen que atendernos.

Abandonos.

Los establecimientos parecían estar vacíos años antes de que anunciaran el brote de peste, aunque apenas hace unos días el presidente había ordenado el cierre paulatino de lugares de reunión para evitar el contagio hasta llegar a un próximo toque de queda. ¿Cuándo? Nadie sabía. Por eso se llenaban las últimas cantinas abiertas, que podían ser declaradas ilegales o focos de infección hoy mismo y no volverían a abrir.

Fotos.

Podíamos salir, pero no podíamos reunirnos porque nos arriesgábamos no sólo al contagio, sino a ser expuestos en redes por disidentes. Todos debíamos estar solos, para convivir estaba la red social.

Un ejército de drones surcaba la ciudad y vigilaba que no hubiera violencia verbal o física en la calle, estaba prohibida toda clase de discriminación por edad, sexo u orientación sexual. Si alguien violaba una regla, los drones enviaban una foto al renegado con la hora, la fecha y el lugar donde se tomó. Una copia de la misma foto llegaba a todos sus contactos. Y otra más a la red, para exhibir su desobediencia y prevenir al resto de los ciudadanos sobre el mal comportamiento, y todos estábamos obligados a evitar en red a esa persona hasta que se levantara su castigo.

Desde que llegó al poder nuestro último presidente, ya no había asesinatos, ni secuestros ni robos, o eso nos hacía saber a través de su conferencia diaria: el presidente proyectaba su holograma desde cada uno de nuestros celulares, y nos aseguraba que vivíamos en el mejor de los mundos. La mayor prueba era que nadie se rebelaba, teníamos trabajo, comida y ropa, estábamos obligados a ser buenos y felices.

Peste.

Excepto, claro, por la peste. Sólo se sabía que se trataba de un virus cuyo nombre era una combinación de letras y números, casi un *password* que los ciudadanos repetían como un mantra hipnótico y los mantenía como rehenes de sí mismos. Cuando la gente comenzó a morir, algunos simulacros quisieron ver pruebas científicas de la enfermedad. Autopsias. Estudios. Entrevistas con los deudos. Pero el nivel de contagio era tan alto que los cuerpos debieron ser incinerados de inmediato por orden estatal. Primero en hornos de hospitales. Pero muy pronto no fueron suficientes y se llevaron los cuerpos a hornos militares.

Al final se quemaban en basureros al aire libre, supuestamente alejados de la ciudad, pero todos podíamos percibir el olor a carne calcinada. Se te metía en la nariz. Se impregnaba en el cabello y la ropa. Ni el baño diario ni la perfumería (para aquellos que todavía guardaban alguna botella de tiempos pasados) podían disimularlo. El único olor que podía competir y vencer sobre la carne quemada era el de la mierda.

Fue muy fácil determinar quién estaba enfermo. Las personas asistían voluntariamente a los hospitales para saber si se habían contagiado. Cuando comenzaron las incineraciones discrecionales, nadie volvió a los hospitales. Entonces se exhortó a los ciudadanos a denunciar a los enfermos. Aunque nadie sabía si la peste era real o no.

En cualquier caso, había que cuidarse.

Con pintura en aerosol color plata:

Estaba la madre desollada.

Sin embargo, por la noche la vida se relaja un poco. Los crematorios tenían que limpiarse y la gente aprovechaba para salir. El humo de los crematorios se condensa y es improbable tomar una foto clara desde un dron. Aunque el Estado sabe perfectamente dónde estamos gracias a los geolocalizadores de nuestros celulares. Madre y yo aprovechamos para salir a comer algo. La calle hierve de puestos de comida, de hombres y mujeres embozados que se aproximan a ti vendiendo alguna cura milagrosa contra la peste, o drogas para pasar los días del próximo toque de queda. Muchos desarrapados aseguran tener reliquias de viejos santos, algunas hechas polvo que se aspira por la nariz, otras en pasta que se unta en las axilas.

Los charcos ocultan socavones profundos donde los niños se divierten arrojando juguetes o monedas, esperando escuchar cuando las cosas lleguen al fondo, pero nunca ocurre; se dice que atraviesan el mar, atraviesan la tierra, y basta un traspié para caer en ellos y perderse por siempre.

Madre avanza arrastrando un vestido de novia manchado de lodo y sangre en los bajos.

—¿Y ora quién eres? ¿Por qué arrastras ese vestido?

—Soy Mary Tyrone.

—¿*Largo viaje hacia la noche*?

—El mejor Eugene O’Neill. ¿Cuándo vas a buscar a tu padre?

—Mañana.

—Mañana, mañana —me reclama con sorna—. Comamos algo.

—Para ser un fantasma, tienes mucha hambre, ¿no?

—Así son los muertos. Cuando Jesús se le apareció a Pedro, tenía hambre y le pidió pescado. Y luego, en otra de sus últimas apariciones, se dio un atracón en la cena de Emaús. Estar muerto es muy cansado.

Nos acercamos a un puesto de comida. La mujer que atiende nos ofrece de todo, sopes, quesadillas, tortas…

—¿Tiene tacos de mole verde? —pregunta mi madre, pero la mujer me mira con impaciencia, esperando a que pida algo de una buena vez —. ¿Te das cuenta? —continúa mi madre—. No me hace caso, ¿qué no sabe quién soy?, ¿no me reconoce?

—Olvídalo, madre. No vale la pena.

—Se hace pendeja.

—¿Qué va a querer, joven? —me insiste, ya con molestia, la mujer.

—Una orden de tacos de mole verde —le digo, y comienza a preparar la comida.

Mientras esperamos, se acerca un contrabandista, es casi un niño, le compro pastillas, me ofrece otras drogas pero niego con la cabeza.

—¿Tienes whiskey?

—Orita no traigo, carnalito, pero si me esperas un momentito, regreso con una botella. Estoy aquí a la vuelta.

Le digo que lo espero y mi madre me hace señas de que con las pastillas basta, es suficiente. Por suerte, antes de que comencemos a discutir se acerca un oficial del Comité de Salvamento Público, nos reparte folletos y volantes que tratan de muchos temas: la contaminación, la violencia, el feminismo, el hambre y desde luego la peste. La gente alrededor del puesto de comida toma un folleto o dos. Es mejor hacerles caso porque si no se ofenden y pueden ser muy groseros. Luego, el oficial saca una corneta de juguete y sopla, el ruido es muy agudo y nos lastima, nos obliga a ponerle atención. Se sube a un banquito y comienza:

—¡Señoras y señores! Este es el fin del mundo y nosotros somos culpables. Hemos tirado basura, seguimos usando plástico y tuvimos muchos hijos, yo mismo tuve cinco y ahora no sé dónde están. Pero eso no es lo peor, señores — duda un segundo— y señoras, lo peor es que nos alejamos de Dios. Dios es el único que tiene poder para salvarnos.

Es un discurso que ya hemos escuchado, la gente ya no se molesta ni en tomarle fotos, lo cual es signo de que prácticamente no existe. Sólo una perra galga, atada a su silla de ruedas, se acerca a verlo con cierta atención, como si lo conociera de alguna parte. No tanto como si fuera su dueño, sino como la víctima que, en medio de un centro comercial, reconoce a su antiguo torturador.

Entonces, por suerte, suena la alarma de nuestros celulares. El gobierno puede enviar a tu teléfono anuncios, avisos, llamadas de atención. Hace sonar en nuestros celulares una sirena que además prende y apaga la luz del celular, es un ruido ensordecedor, dicen los viejos que se parece a una alarma antiaérea, pero yo no sé. Todos nos asomamos a nuestros teléfonos, mi madre también intenta ver qué hay en mi pantalla. Está claro que el oficial del Comité de Salvamento Público y el aviso en nuestro celular están sincronizados. No es una casualidad.

—¿Ven, ven lo que les digo? —nos grita el activista mientras la alarma comienza a ceder. Preferimos prestarle atención a él que a nuestro teléfono—. ¡Hasta los bebés prefieren morir! —Y nos lee en voz alta el comunicado—: Según los testimonios, durante sus primeras horas de nacidos sólo quieren morir. No se adaptan al clima, no comprenden su propio peso, y ya sea en la cuna o en la cama de sus padres se sienten arrojados al suelo, lejos del mundo flotante de su líquido amniótico. No poder defenderse ni de las moscas los acorrala

en un estado de depresión súbita, fulminante, porque no pueden darle salida a través de acciones o palabras. Intentan soñar pero no pueden. Son muy pequeños y aún no han visto nada, ¿qué podrían soñar? Nada, no ven nada y esto los aterroriza. Se duermen de miedo y al despertar buscan tragarse objetos para asfixiarse. Una y otra vez se dejan caer desde lo más alto de la cama. Los padres los recogen del suelo. Los vuelven a colocar entre almohadas o incluso entre rejillas de madera, pero ellos se las arreglan para girarse y caer, una y otra vez hasta quedar inconscientes.

Cotejamos en nuestros celulares lo que nos dicen. Y allí están. Videos de niños que se ruedan desde su cama y caen al piso, filmados con paciencia por sus propios padres. La mujer nos grita que nuestros tacos están listos. Los tomo, le doy un taco a mi madre, ella lo toma y le sopla para no quemarse. Comenzamos a comer como el resto de la gente, lo que ofende a nuestro activista.

—¡Lo ven! Ustedes son los niños que sobrevivieron. Los más brutales. Los que aprenden a mutilar de inmediato toda sensibilidad. Nada les importa un carajo, para ustedes todo es normal. —Y adoptando un tono un poco más personal, casi sincero pero nunca se sabe, continúa—: ¡Mírenme a mí! En otra época se podía ser un maldito. Un homosexual vergonzante. Un bisexual del tedio. Un drogadicto al que se desprecia. Un pederasta a los pies de niñas insulsas, sin chiste, gordas por pura comodidad. Pero no soy nada. No hay infierno más ardiente que la normalidad. ¡Y ustedes están en el infierno! ¡Carajo, lo único que quería de verdad era hundirme, pero no encontré nada que me lo permitiera!

—Por suerte —le digo a mi madre— yo te encontré a ti.

Reímos. Me toca la cara con ternura. Aparece el niño del whiskey y nos interrumpe. Me da la botella y le pago. Terminamos nuestros tacos. Vamos de regreso a la casa.

Pongo mi celular en el identificador electrónico y aparece el número treinta y cinco. Camino hasta encontrar la bicicleta marcada con ese número y me subo. Un dron me toma una foto y llega a mi teléfono de inmediato. Allí estoy con cara de susto tratando de montar una bicicleta, con mi cubrebocas y mis guantes ridículos. ¿Y ahora? La ciudad es un fantasma que parece trazado sólo por el recuerdo. Y yo no quiero acordarme.

Sé dónde está mi padre. Matar a un muerto debe ser fácil, ¿no? Matar a un hombre en tiempos de muerte *tiene* que ser fácil, me digo mientras avanzo por la ciudad solitaria donde sólo se oye el rechinido de la bicicleta. Pero no quiero matar a nadie, sólo quiero decirle que la he vuelto a ver.

Puedo ir en sentidos contrarios, avanzar en mitad de las avenidas sin peligro alguno, excepto por las calles cerradas con muros de madera. Tapiaron las casas de los enfermos para que nadie las ocupe. Entre los pedazos rotos de madera se ven casas vacías, comedores con el servicio puesto como si, a punto de cenar, alguien los hubiera secuestrado. Prohíben el paso a las calles donde hay edificios derrumbados por el último terremoto. Se asoman escombros mezclados con objetos personales: zapatos, lámparas de noche, ropa, libros. Como si alguien hubiese odiado tanto a las personas que vivían en esos lugares que los hubiera mandado demoler hasta los cimientos, con todo y sus habitantes.

La gente que encuentro, otros fantasmas embozados, caminan con rapidez, como si estuvieran escapando de algo, también llevan guantes de látex, parecen médicos que han abandonado de súbito su sala quirúrgica. Me miran con sospecha y luego hurgan como ratones en su teléfono, supongo que me buscan entre los sospechosos de estar infectados.

El hospital está cerca. Me detengo. ¿Tiene algún sentido que vaya a despertar a mi padre de su sueño de olvido para decirle que mi madre se me apareció? Me digo que al menos debo verlo, una visita de cortesía después de tantos años. Dejo la bici en la estación más cercana al hospital. Toco el timbre, se escucha una descarga eléctrica y empujo la puerta. Me acerco a un escritorio. Me preguntan mi nombre y me piden una identificación.

—¿A quién visita?

—A mi padre.

—¿Su padre?

—Sí.

—¿Y qué es su padre?

—¿Cómo? Pues un hombre…

—Eso ya lo sé. —La mujer deja entrever una risa sardónica y me dan ganas de meterle el celular en la garganta.

—Entonces, no entiendo. Dígame usted, ¿qué es mi padre?

—Que si es interno o enfermero.

—Interno —contesto con infinito fastidio.

—¿Nombre? —pregunta sin inmutarse, se ve que es algo que ya ha escuchado muchas veces.

—Jacobo Flores.

La mujer busca en la computadora, voltea a verme, hace gestos, niega con la cabeza con hartazgo y vuelve a teclear.

—¿Tiene algún otro nombre?

—¿Cómo?

—Que si su padre tenía dos nombres.

—No.

—Es que no lo encuentro. ¿Jacobo Flores, dijo?

—Sí, Jacobo Flores.

—No tengo ningún Flores.

—Debe haber un error.

—¿Hace cuánto que no viene? —me pregunta con burla, como si fuera mi culpa que no encuentre el nombre de mi padre en la computadora.

—¿Falleció? —pregunto, y me mira fijamente tratando de hacerme sentir mal, pero no voy a caer en ese juego, yo sé quién era mi padre y no tengo por qué sentirme mal.

—Usted debería saber.

—Hace años que no vivo en el país —miento para ver si me suelta la muy perra.

—No falleció porque entonces lo tendría registrado como deceso, y tampoco está allí. ¿Está seguro de que lo trajo a esta casa de retiro?

—Estoy seguro.

No quiero acordarme, no quiero recordar nada. Pero sé que este es el lugar, yo mismo lo traje.

—¿Hace cuánto tiempo lo ingresó?

—Hace diez años, aproximadamente.

—¿Sabe quién lo recibió?

—El doctor Díaz, Alfonso Díaz.

No quiero recordar.

—Ufff —bufa ostentosamente y me lanza a la cara su mal aliento—. Déjeme ver si no está muerto. —Teclea otra vez—. Ya no trabaja aquí desde hace… tres, cuatro…, casi seis años.

—Ya era un hombre mayor cuando lo conocí. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—No puedo darle esa información.
—Necesito saber qué pasó con mi padre.
—No puedo darle esa información.

Zumban drones sobre tu cabeza. Llegan fotos a tu teléfono. Eres tú caminando. Eres tú buscando algo en la ciudad. Eres tú y tu celular. Eres tú con miedo. Eres tú huérfano de perros. Pero no estás solo, está también el presidente. Por la mañana, por la tarde, por la noche, puede que envíe un mensaje, siempre el mismo, o eso parece porque lleva ocurriendo años. Un tiempo hubo rumores de su muerte, pero como se trata de un holograma, siempre es el mismo, está congelado en el momento en el que subió a la presidencia. Tal vez sigue ahí, tal vez no. Son los mensajes los que permanecen. Las únicas variaciones ocurren los días de fiesta, el presidente se disfraza del holograma de héroes patrios, y son los mártires de la historia los que nos regañan. Y el día de tu cumpleaños, el holograma de tu presidente toma la imagen de tu cara y de tu cuerpo, y te felicita por estar vivo, y te regala unos puntos extras para cambiarlos por lo que quieras. Y te ves a ti mismo, dándote las gracias por cumplir, repitiendo las mismas palabras del presidente. Y por un segundo piensas que quien camina por la ciudad en busca de su padre no eres tú, es él quien vive todas nuestras vidas. Solo somos su espejo. En cualquier caso, no, nunca estás solo. Aunque quieras.

Medea. Ifigenia. Ofelia. Winnie. Blanche. Hedda… Mi madre. Me tomo doscientos miligramos de valproato de magnesio y veinte miligramos de citalopram, la cosa no está para escatimar. El doctor Díaz era amigo de la familia (por eso en casa siempre hubo docenas de muestras médicas), así que entre los papeles de mi madre debe haber un teléfono, un registro. Saco cajas del armario. Es increíble, tarde o temprano todo lo que queda de alguien puede guardarse en una o dos cajas. Hay programas de mano de las obras donde actuó mi madre. Me entretengo viendo las fotos. En casi todas, lo peor es el vestuario y la escenografía. Qué falso es el teatro, me digo. Estrenos. Reestrenos. Entregas de premios. Entrevistas en medios.

—Y ahora, con nosotros, la única, la última de las divas, la divina Ligia Spinoza.

El público en el estudio hace su trabajo: grita, aplaude, se toman selfis donde gritan y aplauden.

—Gracias, Ricardo, es un honor estar en tu programa.

—El honor es todo nuestro. —Ricardo le besa la mano—. Por favor, háblenos de su próximo papel.

—¿Qué puedo decirte? Es un clásico, *Macbeth,* creo que he esperado toda mi vida para hacer este papel. Porque se necesita haber vivido mucho, haber sufrido mucho para hacer a Lady Macbeth.

—¿Usted ha sufrido mucho?

—Mucho, Ricardo, mucho, pero no quiero hablar de mí, yo no soy importante, lo importante es Shakespeare, Lady Macbeth, yo sólo soy un instrumento en manos de Shakespeare.

—Usted ha hecho docenas de personajes, dígame, ¿cómo hace para recordar todos esos papeles?

—Bueno, no todos están en la cabeza, el cuerpo también tiene memoria. Te parecerá extraño, pero te puedo decir que Medea está sobre todo en mis manos. —Alarga las manos hacia la cámara—. Ofelia es todo ojos. —*Close up* a los ojos— . El poder de Hedda Gabler está en los pechos. — La cámara intenta encuadrar los pechos de la actriz, pero ella se cubre con los brazos con un pudor casi infantil—. A Blanche DuBois hay que sacarla de los cabellos —lo dice mientras juega con uno de sus mechones—, Martha de *Quién le teme a Virginia Woolf* es culo, culo duro y experimentado. —Se levanta y se nalguea a sí misma, haciendo gritar al público de gusto, sorpresa y falsa indignación—. Y personalmente estoy convencida de que si no tienes unos pies hermosos jamás podrás ser Antígona.

—¿Y en su corazón?, Ligia, díganos, ¿quién vive en el corazón de

Ligia Spinoza?

—Yocasta, desde luego, ¿quién más?

No, qué falsa es la vida. Encuentro miniaturas de placas conmemorativas de cien y cincuenta representaciones. Joyas de utilería que tiro de inmediato a la basura. Por fin, una agenda. La recorro: nombres de actores que fueron famosísimos a fines del siglo pasado y hoy nadie recuerda. Mi madre apreciaba mucho su agenda, la cargaba para todos lados, era como si allí tuviera las direcciones de antiguos dioses retirados. Díaz… Díaz… ¡Alfonso Díaz! Marco el número.

—¿Sí?

—Con el doctor Alfonso Díaz, por favor.

—¿Quién lo busca?

—Un amigo.

—¿Qué amigo?

—El doctor Díaz era amigo de mis padres. Tal vez no se acuerde de mí, pero seguro que recuerda a mi madre, dígale que hablo de parte de Ligia Spinoza.

Se hace un silencio que se alarga demasiado, para el viejo debe ser un enorme esfuerzo recordar a esa actriz.

—Que no quiere verlo.

—Tengo que preguntarle sobre mi padre.

—Que no quiere verlo. —Y cuelga.

Data.

Nos dicen que sólo somos fuentes de información. Nuestros genes desarrollan la información que contienen. Nuestras células sólo son cápsulas de información. Nuestro cerebro… información, información. De modo que nuestro trabajo es proveer de insumos e indicadores a la Gran Inteligencia. Cualquier cosa que nos ocurra es importante sólo si puede medirse. Si somos hombres o mujeres, cuántos años tenemos, cuáles son nuestros estudios, qué hacemos… Diariamente debemos escribir algo personal en la red. No es desahogo, es flujo de información. Alimento para la Gran Inteligencia. Introduzco mis datos en la red sin saber bien a bien lo que escribo, pero con la esperanza de que los algoritmos me digan cómo pienso y para qué.

JF8525681 Sep. 12, 2070 2300 h

El nombre real de mi madre era Margarita Flores, número LBZ460707 —en su honor adopté su apellido y siempre he dicho que me llamo Jacobo Flores—, pero cuando se convirtió en actriz se lo cambió por el de Ligia Spinoza. Con el tiempo llegó a ser su verdadero nombre, incluso nosotros, mi padre y yo, terminamos por llamarla Ligia. Spinoza nunca, nos parecía ridículo y cursi, era un autor al que no había leído jamás. Eso fue en lo único en que mi padre y yo estuvimos de acuerdo a lo largo de los años.

JF8525681 Sep. 13, 2070 1200 h

Los acontecimientos de nuestras vidas los leemos sólo retrospectivamente, como si de golpe adquiriéramos un kilo de periódicos atrasados y estuviéramos determinados a leerlos a lo largo de unos cuantos días. Ahora me doy cuenta de que el verdadero impulso vital de mi madre —lo sé porque me lo heredó en toda su bajeza— fue el resentimiento. Madre podía recordar todas las ofensas que le habían hecho sus compañeras de primaria, mi abuela, otras actrices, directores de escena y, desde luego y por encima de todos, mi padre. Por lo tanto, toda su vida estaba planeada en la previsión de sórdidas venganzas.

Incluso su felicidad era vengativa: madre se moría de risa —con esa carcajada suya, ostentosa y dodecafónica—, se regocijaba con algo, cualquier cosa, sólo para demostrar cuán feliz podía ser a pesar de lo malo que el mundo había sido con ella. De suerte que imponía a su alrededor una mímesis coercitiva: si estaba triste, todos debíamos estar tristes, y no sólo eso, además debíamos sentirnos culpables de que madre se sintiera triste. Pero si estaba alegre, debíamos saber que estaba alegre contra nosotros.

Y cuando le daba por estar alegre de verdad, la cosa resultaba peor, porque gustaba de contar chistes, y lo hacía de manera muy particular. Madre comenzaba riéndose antes de contar nada, dando a entender que lo que estaba a punto de decir era tan gracioso que ella misma no podía contener la risa y por tanto uno debía, desde antes de conocer el chiste, ponerse en ese ánimo, en la disposición de reírse de lo que ella ya se estaba riendo. Así, creaba una expectativa que el chiste mismo casi nunca cumplía, y cuando se daba cuenta de que papá, sus compañeros actores y yo no podíamos reír de lo que estaba diciendo, se ponía furiosa, y volvía a contar el chiste, esta vez de manera más enfática, como si por imbéciles no lo hubiéramos comprendido, lo que agravaba aún más el asunto, porque lo que en una primera pasada ya se había convertido en un chiste frustrado,

en una segunda se revelaba en toda su vulgaridad, y de esforzarnos por reír para acompañar su generoso gesto de contarnos un chiste, pasábamos a sentirnos completamente avergonzados de que ella no entendiera que estaba poniéndose en ridículo. Sin embargo, de algún modo y contra toda su incapacidad para verse a sí misma, madre comprendía que nos estaba incomodando, y como última tentativa para hacernos olvidar esto, nos regañaba e intentaba convencernos de que todo era mala voluntad de nuestra parte, nuestra mala leche contra ella, y entonces, en su cómputo de resentimiento, le debíamos una más, una mala pasada por la que mereceríamos sufrir algún día.

JF8525681 Sep. 18, 2070 1400 h

Sin embargo, al mismo tiempo, no puedo decir que ella fuera consciente de todas estas cosas, al principio las hacía de manera intuitiva, hasta que se convirtieron en mecanismos, meros golpes de efecto, y al final nunca supe hasta qué punto eran reflejos o planes. Pero ya fuera de una o de otra manera, siempre conseguía hacernos sentir mal, y viví mi infancia sintiéndome culpable por hacer enojar a mi madre, por no comprender ninguno de sus estados de ánimo —regularmente sólo eran dos, la depresión y la euforia—, y me condenaba a padecer a solas mi confusión, y a escapar de allí gracias a un acto desesperado de mi imaginación.

JF8525681 Sep. 22, 2070 1800 h

Cuando la entrevistaban, por ejemplo, siempre le preguntaban lo mismo, ¿cómo se prepara para tal o cual papel? Y ella decía que usaba sus propias experiencias para establecer una relación causa /efecto con aquello que los personajes sentían o decían. Y por más que se empeñaba en darle profundidad a este procedimiento, tarde o temprano quedaba claro que era puro azar, que actuaba por imitación: de la misma manera en que los niños imitan a sus padres o los alumnos a sus maestros, madre imitaba a Desdémona o a Julieta, es decir, se comportaba en escena como creía que una Medea debía actuar en escena, y de este modo se sumergía en su vida vacía hasta que parecía encontrar lo correcto en el momento adecuado, pero no eran sino meras fórmulas que siempre tenían como base el reclamo y la recriminación.

En el fondo todas las heroínas que interpretó eran, para mi madre, víctimas, víctimas de las circunstancias, de la época, de sus maridos, de sus hijos, de la sociedad, incluso del propio autor, que desde luego no había sabido crear una voz auténtica para todas esas mujeres, y era ella quien tenía que reivindicarlas, haciendo de la victimización un poder que usaba como arma arrojadiza contra nosotros.

Pero —hay que decirlo todo— aun sus actos vengativos eran mezquinos; a pesar de tener los grandes ejemplos de Medea o de la madre en El

pelícano *de Strindberg, madre se conformaba con una suerte de venganza doméstica, de registro coloquial. Era experta, por ejemplo, en el ninguneo, esa extraña forma de cortes*ía *mexicana que reconoce tu existencia a condición de que esta no valga nada. Mi madre nos hacía sentir que, de no ser ella el testigo de nuestra existencia, esta no valía ni el aire que respirábamos. Sí, señora madre era todo eso y más, sin embargo, la quise como a nadie.*

Las redes responden a mis confesiones agustinianas señalándome que estoy hablando de un número prohibido, caduco, una persona muerta, y que por ello todo lo que acabo de escribir será borrado y no recibiré pago alguno. Luego, lo quiera o no, en mi celular comienza una larga sesión de videos de accidentes y de gatitos, de anuncios del presidente, de recetas fáciles y vagos standuperos. Podría ser peor, ¿no?

—Estás infectado.

—La peste no existe, es un invento.

Sé dónde vive el doctor Díaz, la dirección estaba en la agenda de mi madre. Si quise hacer una cita era para no llegar de improviso, como los fantasmas, y asustarlo innecesariamente. No es muy lejos, así que tomo una bici y manejo enfundado en mi cubrebocas y mis guantes de látex.

El calor es sofocante y aumenta la sensación de ahogo. Como si se tratara de fábricas, el humo de los crematorios crea columnas que luego se dispersan en el aire. Hoy el humo es particularmente negro, casi grasoso. Miro a los que pasan veloces en sus bicicletas, otros caminan en contraflujo y me miran con sospecha, ¿quién está infectado?, piensan, ¿tú o yo? Noto que algunos han hecho dibujos en sus cubrebocas: los más infantiles muestran lenguas de fuera muy parecidas al logotipo de los Rolling Stones; algunas chicas llevan labios carnosos y vibrantes de rojo; los que quieren dársela de malos, una dentadura desnuda y los huesos de la mandíbula expuestos como si fueran parte de una calavera; otros más llevan hocicos de perro, de cerdo, boquitas de gato, se aparecen entre el humo de los crematorios y el de la contaminación, son espectros de feria, rehenes de un falso toque de queda que usan lentes oscuros y pantalones cortos, minifaldas y blusas de tirantes.

Con los guantes no hay mucho que hacer, la alternativa no va más allá de usar guantes para lavar trastes de muchos colores, rosa, azul, amarillo, y alguno, sólo para joder, lleva guantes de electricista, otros de piel muy fina, aunque el presidente nos ha advertido que esos no sirven de nada. Aquellos que andamos en la calle — tanto los vagos que tienen permiso especial porque son trabajadores de hospitales o algún otro servicio público, como los que vamos recibiendo fotos con admoniciones y advertencias de un posible contagio— no servimos sino como escala para medir el vacío de la ciudad, su abandono, su hipertrofia.

—Tengo miedo.

—Te voy a acompañar en todo momento.

Sólo entonces se ve claramente que la ciudad es un eterno proyecto en destrucción, como uno mismo, y por eso no podemos describirla más, sólo reconocemos los cines que perdimos, los restaurantes que ya no existen, las calles que cambian de sentido. Así, en nuestra vida vamos contabilizando a las personas que perdimos, los maestros que ya no existen, y percibimos que nuestras propias ideas han cambiado de sentido. Nuestra única oportunidad es asumir conscientemente ese proyecto de autodestrucción sin intentar encontrar un significado, sólo hay que darle énfasis, convertirlo en un acto voluntario, en una pequeña habilidad, como quien sabe cocinar o bordar, o andar en patineta, con suerte en un arte.

Con este sentimiento de patético heroísmo avanzo por avenidas grises, acotadas por edificios y casas desportilladas donde puede verse el aparejo de ladrillos a plena luz.

En una pared, escrito con violencia:

Estaba la madre en el fondo de la bañera.

Un vago se acerca, su olor llega un momento antes que él, ese olor denso a caca sin lavar, a orina antigua y a ropa acartonada por la mugre es insoportable. Estoy seguro de que me va a pedir algo de comer y comienzo a buscar en mis bolsillos para terminar la transacción lo más rápido posible, pero cuando se detiene frente a mí me habla con voz grave, firme y clara.

—¿Cuál es el animal que anda en cuatro patas por la mañana, en dos patas al mediodía y en tres durante la noche?

Siento un golpe de pavor, pero luego las pastillas que me tomé cortan esa emoción momentáneamente.

—¿Qué?

—Que hay que acabar con todo para que todo se salve. No hay salvación personal o individual, de ser o de especie. Sólo se salva lo que se pierde.

—¿Qué dices?

Esta vez la voz cambia, es teatralmente suplicante, como dicta la urbanidad entre pedigüeños.

—Tengo hambre. —Y mientras lo dice se lleva la mano a la boca para reforzar su petición con un gesto sin ambigüedad.

—Pues trabaja —le digo mostrándole el celular.

—Dame algo, no he comido en días. —Y se acerca un paso más.

Yo me levanto de un salto y lo empujo un poco, ni siquiera uso las manos sino el celular. Sólo quiero mantenerlo lejos, pero él sigue acercándose. Entonces me obliga a ir contra las reglas y le doy un puñetazo. Me subo a la bici y me alejo de allí lo más rápidamente posible. Sobre mi cabeza zumba un dron. Mi celular se pone en rojo y tengo que detenerme a contestarlo. El presidente me dice que estoy faltando al Estado de Derecho, que debo ser bueno y paciente, que no todos han tenido las mismas oportunidades que yo y debo estar agradecido por lo que tengo. Y me invita a leer mi Prontuario de Bienestar y Buenas Prácticas Ciudadanas. En la acera de enfrente hay gente del Comité de Salvamento Público, por un momento me sobresalto y pienso que vienen por mí. Pero abordan a una pareja. Forcejean. Cinco oficiales tratan de separar a los jóvenes.

—Está infectada —le dice uno al chico, mientras intenta arrebatarle de los brazos a la mujer.

—No tiene nada, se lo aseguro —suplica.

—Tenemos un reporte y no nos podemos arriesgar, la vamos a llevar al hospital y usted puede visitarla cuando quiera.

Los miembros del Comité se ríen, ni siquiera disimulan.

—No se la lleven, por favor —grita el chico, pero lo golpean y suben a la muchacha a una ambulancia.

Regreso. Vigilo que el vagabundo no esté. Saco mi teléfono y comienzo a jugar con él sólo por parecer natural, no quiero revisar nada, pero de inmediato me veo envuelto en el *timeline* de mi red social, hay consignas comunistas, anuncios de refrescos, quejas sobre los amigos e ironías sobre la amistad, quejas sobre los vagos e ironías sobre nuestro trabajo: allí está la medida de lo que somos. De lo único que no podemos ironizar ni quejarnos es del Estado o del presidente, su nombre y su cargo desaparecen en cuanto los escribes. De cualquier modo, lo que más me llama la atención son los videos donde la gente no está haciendo nada en particular, pero los suben para que todos veamos qué comen y beben, tal vez un día subirán cómo hacen el amor o defecan, y los contemplaremos igualmente extasiados. Compruebo allí que, en el fondo, todas nuestras acciones son vergonzosas, y por eso cuando las exhiben no puede haber otra respuesta que la burla. El registro incesante de cada uno de nuestros movimientos nos hace odiarnos mutuamente porque nos vemos como el animal amaestrado que somos, y un día no va a quedar vida alguna, sino mero registro, un catálogo de gestos y actos que han hecho otros: un niño come un helado, una mujer hace un berrinche, un hombre en shorts intenta una patada voladora y cae de bruces, una anciana recuerda una receta, un anciano voltea a ver el culito de una niña, un perro come fruta, un gato hace un salto ninja, unos autos chocan, un árbol cae. Nada es excepcional: una repetición de verbos comunes y torpemente activos…

Y cuando tengamos el catálogo completo no será necesario hacer nada de eso, los entenderemos como actos primitivos, ridículos, que alguien ya cometió por nosotros y no tendremos que vivir más, pues para cada uno de nuestros gestos, arrebatos y sentimientos habrá una réplica fiel que para entonces será parte de una producción de lo vivido que nos venderá alegrías, nostalgias y dolores digeridos, y nosotros, ay, pobres de nosotros, si queremos rebelarnos y vivir, no nos quedarán sino los gestos más inusuales, los afectos más violentos, las ideas más radicales…

Tal vez pronto seremos los últimos que sabremos lo que significa ser individuo, ante el cúmulo de imágenes repetidas no tendrá caso ser nadie. Vivimos el desmantelamiento del yo.

Escribo esta última frase en mi red social y de inmediato me dan réplicas. Una réplica (alegría, enojo, sorpresa, puras emociones básicas) es la confirmación de tu inteligencia, has entendido la ironía, ya eres parte del cogotillo de los Verdurin en versión digital.

Estoy a punto de escribir otra cosa, algo tipo tengo hambre o frío, pero en la puerta de su casa aparece el viejo. El doctor Díaz. No puede ser sino él, alto, arrugado, caído de hombros y espalda. Es claramente el viejo que le coqueteaba a mi madre, el muy imbécil le miraba las piernas, esas piernas que admiraban muchos aunque en realidad eran cortas, pero firmes y amplias hasta crear un culo respingón. Mi padre se daba cuenta de que el viejo, cuando era joven, miraba con lascivia el cuerpo de mi madre, pero supongo que eso estimulaba su vanidad o sencillamente ya estaba acostumbrado a que otros vieran a su mujer en escena y en privado, y no decía nada. Se contentaba con notarlo.

Avanza unos pasos, supongo que no le molesta en lo absoluto la prohibición de salir a la calle como a tantos de nosotros, o bien, como médico sabe algo de la enfermedad que los demás desconocemos, pues no usa ni guantes ni cubrebocas. Sólo por joder le tomo una foto y la publico en las redes con el comentario escandalizado de «anciano arriesga su vida al salir a la calle».

Lo sigo durante tres o cuatro cuadras, por momentos parece no saber adónde va porque levanta la cara tratando de reconocer el paisaje, pero luego da vuelta a la derecha y a la izquierda con firmeza, como si en lugar de tratarse de un mero paseo llevara un destino. Estoy seguro de que le han hablado de un lugar abierto, siempre hay alguien que sabe dónde encontrar un trago. Finalmente, llega a las puertas de una cantina con el nombre de El Mariachi Rata. Entra. Yo espero un momento afuera y luego también entro, el lugar está prácticamente vacío: una pareja de novios en una esquina, como si quisieran ocultarse buscando el sitio más lejano respecto a la entrada; un hombre en la barra con la vista perdida, y el doctor sentado de frente al televisor. Hace años que no nos vemos, no creo que me reconozca, yo sólo era «el hijo de», no me dirigía la palabra ni siquiera para saludarme, él estaba en ese momento feroz de su medio siglo, cuando, si se tiene una profesión estable como la suya, se cree que se ha alcanzado la cima, y los amigos de la misma edad, y acaso también con la misma estabilidad social, se hacen creer que son los únicos, acaso los últimos en gozar del privilegio de estar vivos, y nada que no tenga la misma violencia para imponerse los conmueve, y yo, entonces como ahora, no era nadie, sólo el hijo.

Así, con la seguridad que da el no ser nadie, me siento en la mesa de junto, visible para él y para el mundo, y a la vez invisible para todos. Una mesera se acerca y me pregunta qué voy a tomar, pido un whiskey. Checo si en el bolsillo traigo alguna pastilla; la saco, es azul y no recuerdo bien a bien qué es, pero la pongo sobre la mesa y en espera de mi trago la hago girar como pirinola. Cuando llega mi trago, lanzo la pastilla como una moneda y la atrapo con la boca, le doy un sorbo a mi whiskey y ya está.

El doctor me mira de reojo y comprende de inmediato lo que soy, ha visto a otros que tragan pastillas con alcohol, y tal vez él mismo lo haga, y acaso no me ve con condescendencia, y nos reconocemos como iguales por un instante. Pero no sabe que soy hijo de la primera actriz Ligia Spinoza, no sabe que lo vi bailar borracho en casa de mis padres pidiendo una y otra vez alguna canción de los Beatles y gritando a voz en cuello, justo cuando se la concedían, «¿saben cómo se llama esa melodía?», yo lo odiaba por hablar de ese grupo olvidado como si se tratara de música secreta y desconocida para todo el mundo menos para él que *sabía* escuchar a los Beatles, «nooo», contestaban los otros borrachos, amigos de mis padres, «se llama *La felicidad es una arma caliente*», decía con la seguridad atroz de los beodos, o «*Ella escapó por la ventana del baño*» o «*Contonéate y grita*», siempre en español, causando la risa de los borrachos que lo provocaban de nuevo, «¿y esa cómo se llama?», «esa se llama *Todos tienen algo que esconder excepto yo y mi chango*». Y luego, si la «melodía» no permitía el baile porque era lenta, los borrachos cantaban a coro, pero en voz muy baja, como vi hacerlo a mi madre muchas otras veces. Era como si, cantando en voz baja y lentamente, le concedieran a la música popular un aire de música antigua, la voz baja la dotaba de una nostalgia *ready-made,* y de pronto el ambiente de fiesta y relajo pasaba a la tristeza, y en un rompimiento brechtiano te invitaban a formar parte de ese falso lamento por todos los muertos de este mundo.

Vaya si había visto a ese viejo, pero ahora ya no nos prestábamos atención. El doctor estaba mirando la televisión completamente absorto. Ellos tuvieron la televisión, nosotros el teléfono inteligente, ¿con qué se habrá desgastado hasta la estupidez la inteligencia del hombre neolítico?, ¿hacía sonar un puñado de piedras?, ¿afilaba su neurosis dando forma a hachas?, algo tenía que hacer porque compartimos el mismo sistema nervioso y por tanto la misma compulsión hacia la imbecilidad y la autodestrucción.

El viejo no ha quitado los ojos de la tele. Bebe su cerveza del cuello de la botella sin quitar la vista del aparato. Así pasa un rato. Es asombrosa la manera en la que uno puede perderse frente a una pantalla. Si pudiéramos vernos desde afuera como yo veo a este hombre, nos sentiríamos avergonzados y comprenderíamos que padecemos un ligero, por decir lo menos, retraso mental. Pienso que es un buen momento para acercarme, sorprenderlo y preguntar por mi padre.

Pido la cuenta, si la cosa se pone ruda quiero salir lo más rápidamente posible. Levanto la mano, pero la mesera no me mira, hago aspavientos y ella no me mira. Al contrario de lo que les sucede a muchos comensales, no me ofendo, me reconforta que no me noten,

me consuela ser invisible. Bajo el brazo y espero un momento. En eso se abre la puerta de la cantina y entra un hombre alto, barbado, usa un sombrero, sin embargo, de ningún modo es uno de esos señores atildados con sombreritos de Pinocho que los infantilizan: este tiene la barba crecida como crece el pasto en los intersticios rotos de una acera, y el sombrero, lo noto ahora que se lo quita para saludar al doctor Díaz, supongo que lo usa para cubrirse una enorme cicatriz en su cabeza calva.

Pienso que lo he visto ya en otra parte. No me muevo. El tipo se acerca al doctor y saca de uno de sus bolsillos un paquete, algo envuelto en un pañuelo, y luego, con mucho cuidado, lo desenvuelve para mostrarle al viejo lo que contiene. El doctor asiente, el tipo regresa el objeto al estado de regalo y se lo entrega; mientras hace este intercambio le dice algo al oído y en un segundo ambos se vuelven y me miran.

Les sostengo la mirada, no con valor sino como el conejo que en plena carretera y en medio de la noche se queda mirando las luces del auto que va a atropellarlo. Ríen. Mientras el calvo se pone el sombrero, inclina la cabeza a manera de saludo, yo correspondo con el mismo gesto. Se va. El doctor me mira un instante y vuelve a su acto de mesmerismo frente al televisor. Pago mi trago y salgo tan discretamente como puedo.

En la pared del Mariachi Rata se lee:

Estaba la madre secando sus costras al sol.

Ya en casa, tomo una pastilla con ochocientos gramos de piracetam, necesito estar alerta. Luego lo pienso mejor y me tomo otra. Pongo en la red el número de mi padre, aparece como «pareja sentimental de la actriz Ligia Spinoza». El usuario JJS900214 cuenta «la historia verdadera» de mi padre. Dice que en un «arrebato de celos» mató a mi madre, la «ahorcó con sus propias manos. Durante su juicio se declaró culpable, estuvo en la cárcel unos años y después, debido a una enfermedad terminal, le permitieron trasladarse a una casa de retiro donde sigue cumpliendo su condena».

Y eso es todo, una biografía de más de sesenta años cabe en tres o cuatro líneas. Pero ¿merecemos más? Nuestra verdadera historia no es el anecdotario de logros y fracasos, no es la suma de las notas de remisión de nuestra existencia: la fe de bautizo, el acta de nacimiento, la cédula profesional, las escrituras de la casa, el testamento… La verdadera historia está en nuestra cabeza y de ella no puede dar cuenta nadie, excepto nosotros mismos.

Porque esa historia se reduce a ataques de nervios y momentos de atención, de mal dormir y peor despertar, de tardes lúcidas y tenso aburrimiento, de mal sabor de boca y de *twist* a media mañana si hay suerte, persistimos por pura inercia y nos contamos el mismo cuento, ese al que llamamos nuestra historia para pegar con cinta adhesiva el espejo roto de nuestro yo.

Encuentro una caja que dice «bromazepam», no sé lo que es, pero la terminación «-zepam» resuena en mi cabeza como un tam, tam, tam tan alegre que saco una pastilla, pero me parece tan pequeña que no alcanzo a leer en ella las instrucciones de «cómeme», así que saco otra, me llevo las dos a la boca, me preparo un whiskey y bebo hasta quedarme dormido.

En el sueño veo a mi madre en escena. Se sienta al filo del proscenio e intenta rascarse la oreja con las uñas del pie izquierdo.

Lo de la enfermedad terminal, cáncer en el colon, fue un pequeño cuento del doctor Díaz para sacar a mi padre de la cárcel. Lo recuerdo como si estuviera viviéndolo: mi padre finge un dolor insoportable en el estómago, yo lo ayudo a subir al auto y lo acompaño hasta el hospital, donde nos reciben con una silla de ruedas y entramos rodando.

Fui a verlo algunas veces, pero sólo había silencio entre nosotros, así que fui espaciando las visitas, aunque no recordaba que hubiera pasado tanto tiempo. Ahora tengo que encontrarlo.

Me pongo mis guantes, mi cubreboca y salgo de nuevo a la calle. Necesito hablar con el doctor Díaz y preguntarle dónde está mi padre.

El humo y los olores de la ciudad parecen elásticos y nos hacen sentir como si viviéramos dentro de un globo que se estira sin romperse a medida que avanzamos, dentro de esa burbuja ya no sabemos si hay fiesta o duelo, si es parrillada o pudridero, una muerte en cámara lenta que nos permite ver en su movimiento las miradas angustiadas de los demás, sus rostros deformándose como en un retrato pintado por Bacon, los edificios, las calles, los parques borrándose como si alguien aplicara disolvente sobre un cuadro de Velázquez: alcanzo a ver una cabellera y un espejo, una calavera y a una niña que se traga a un perro. Eso o le puse a mi café una o dos gotas más de clonazepam.

Frente al Mariachi Rata otra pinta:

Estaba la madre muriendo y yo tendía los labios hacia sus viejas mamas.

El lugar, extrañamente, está lleno. Alguien debió dar el pitazo. Y ahora hay ambiente de fiesta forzosa, de carnaval automático, la gente pretende estar a gusto, casi feliz, pero todos tienen miedo. Hacer bullicio es nuestra manera de olvidar, momentáneamente, el miedo.

No hay sitio para sentarse. La mesera me advierte que tengo que compartir mesa.

—Venga, yo lo llevo —dice, y me conduce entre gente que habla a voz en grito a su celular, en lugar de escribir, dictan sus entradas para el AI. En una mesa hay un par de mujeres que saben lo que va a ocurrir y me miran con recelo mientras nos acercamos a ellas.

—Estamos esperando a una amiga —dicen las mujeres al unísono antes de que nosotros les preguntemos nada.

—Pues mientras llega, este se queda aquí — les dice la mesera con autoridad, jala una silla y me sienta de un empujón—. ¿Qué vas a tomar? —pregunta.

—Un whiskey con… —Y antes de que termine se larga. Miro a mis anfitrionas involuntarias, inclino la cabeza y digo—: Buenas tardes.

—No te pases de listo —contestan a dúo. Y yo no sé qué carajos hice.

La mesa está llena de dibujos, las gemelas — ahora lo veo claramente, son gemelas, rubias, mustias, ligeramente gordas, pecosas, feúchas e incómodas como si no hubieran hecho caca en varios días— han estado dibujando a la concurrencia, pero más que retratar a los parroquianos, parecen obsesionadas con representarlos tomados de las manos y bailando en círculo. En realidad nadie está bailando, pero ellas dibujan a esos hombres y mujeres, porque sin duda son las caras de los que están allí, bailando en círculo y tomados de las manos. Y, luego, la otra gemela —porque el dibujo se ve diferente, un poco más duro, menos fluido— replicaba a los danzantes, pero como esqueletos mondos y lirondos, no alegres como los de Posada, sino obscenos y ridículos, festejando la muerte y la estupidez. Cuando levanto la vista de los dibujos, me doy de bruces con la mirada de las gemelas.

—¿Qué te parecen?

—Muy bonitos.

—¡Bonitos tu chingada madre! —me gritan al mismo tiempo.

Sonrío y trato de concentrarme en mi bebida y busco con la mirada al doctor Díaz, o al gordo pelón, su compinche, pero hay mucha gente, hombres y mujeres jugando a celebrar algo, a que están relajados y alegres. Las rubias también observan y siguen dibujando, pero esta vez una hace un trazo y le pasa el papel a la otra, que dibuja algo y lo

regresa, y así están durante un rato, me miran y se ríen, yo les devuelvo la mirada, las pastillas son tan efectivas que las veo como dos helechos que, desde la prehistoria, estuvieran contemplando mi evolución, de pez a reptil, de pájaro a marsupial, y rieran como sólo pueden hacerlo las plantas, con un eco que dura y no se sabe cuándo comenzó ni dónde va a terminar, y dibujan y dibujan, son ellas, esas gorditas cabronas, las que nos inventan, nos hacen pasar de un estado a otro, nos convierten en perros y ratas, en moluscos y tlacuaches. Me alargan el papel que han estado dibujando y por un segundo me cuesta trabajo enfocar la vista, descubrir los rasgos representados, lo primero que me viene a la mente es que es un retrato mío, si me han visto la cara (en ambos sentidos) es porque me han estado dibujando, ¿no?

Se trata de un hombre frente a una mesa llena de objetos: un laúd constelado con una cuerda rota, un compás, un fajo de billetes, un espejo, la escultura en miniatura de una Venus y otra de Adonis, un mango y una granada podridos, claveles y violetas secos en un jarrón sin agua, una calavera sobre un libro abierto, una vela a punto de terminarse. Observo al hombre, debo ser yo, pero algo no cuaja: es mi mirada pero no mis ojos, es el gesto adusto pero no mi boca la que lo hace, esa nariz es un poco más larga y caída, y la frente neolítica no es mía.

—¡Es mi padre! —grito, y los comensales más cercanos voltean a verme con reproche, alguno incluso saca su celular suponiendo que va a ocurrir algo y que es mejor tenerlo grabado para subirlo a la red. Las rubias se mueren de risa, una risa áspera como si fueran más viejas—. ¿Lo conocen?, ¿dónde está?

—Por ahí —contestan, y yo no sé si quieren decir que allí mismo en la cantina o en el mundo—, por ahí —me dicen y yo busco con la mirada a ver si reconozco a alguien, pero no identifico a nadie.

—¿Saben quién es?, ¿lo han visto?

—Todo el mundo lo conoce —dice una.

—Todos lo han visto, al menos una vez — dice la otra.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Si te decimos… —dice una.

—¿Qué nos das a cambio? —dice la otra.

—No tengo mucho, ¿qué quieren?

—Déjanos ver qué tienes. —Y se miran, se ríen, piensan a dúo—. Llévanos a tu casa.

En los cuentos, cuando se firma un pacto con el diablo, este tiene la cortesía de aparecerse, de explicar las condiciones del pacto, aunque siempre queden cláusulas ambiguas o apartados de letra pequeñita, imposibles de leer, pero aun así es un trato en toda regla; sin embargo, en la vida real el diablo no se presenta, o se presenta pero sin decir

quién es, y el contrato nunca está a la vista, no sabemos lo que damos y lo que nos ofrecen a cambio, y desde luego, firmamos sin saberlo, basta aceptar una caricia, un trabajo, un trago, y ya lo hemos entregado todo, sin saber siquiera lo que recibimos a cambio.

Levanto el brazo, intento pedir la cuenta, pero nadie nos hace caso.

—No te preocupes —me dicen—, la cuenta ya está pagada.

Nos levantamos y salimos de allí. Las gorditas son más altas de lo que yo pensaba y sus cabellos más rubios, su piel más blanca, cada una trae su patineta y suben a ellas.

—¿En qué te mueves? —me preguntan a dúo y les señalo mi bici, que dejé estacionada frente al Mariachi Rata. Ellas atan sus cinturones al manubrio para que tire de las patinetas. Cabronas. Me cuesta mucho trabajo pedalear, no tengo ninguna condición física y ellas, aunque sobre ruedas, pesan lo suyo, y encima se divierten con mi esfuerzo.

—¡Échale huevos, gordito! —me gritan y se ríen, sus cabellos se revuelven con el viento, están rojas de sol y cantan: «¡Subimos y bajamos!, ¡nos detenemos y avanzamos!, ¡ya se ve que no eres tonto, pero no sabes bailar!, ¡Helter Skelter!, ¡Helter Skelter!», y entonces sí, nos cagamos de risa los tres.

—Vas a pertenecer a Los Justos, a los que dieron su vida para salvarnos.

—Yo no quiero salvar a nadie.

Entre las dos comienzan a quitarme la ropa. Lejos de excitarme, me da un poco de vergüenza: si algo hacen los ansiolíticos es que te veas como un marrano. Un marranito prieto en mi caso, soy todo redondez, culo y panza, tetillas un poco más grandes de lo estrictamente masculino, todavía no podrían llamarse chichis, pero van para allá.

—El problema con los miedos… —dice una mientras me baja los pantalones.

—Es que si no recurres a ellos con frecuencia… —dice la otra, quien me ayuda a sostenerme mientras saco los pies.

—Terminan por deteriorarse… —otra vez la primera, que jala mis calzoncillos y me revisa el pito con mirada clínica.

—Y se vuelven cómicos —concluye la segunda, que guiña un ojo aprobando al tiempo que se ríe de lo que ve.

—Así que hay que frecuentarlos —subrayo.

Ellas asienten, me empujan hacia la cama y comienzan a quitarse la ropa. ¡Son gemelas en todo lo demás! Si yo soy un cerdo marrón, ellas son las típicas marranitas color de rosa, parecen estar hechas de helado de vainilla con chispas de almendra, se tiran a mi lado y empiezo a olerlas muy despacio, primero las palmas de las manos, que huelen a quincalla, subo por los brazos y me detengo en sus axilas, que tienen un poco de vello duro recién salido, huelen a sudor limpio, si puede decirse así, les levanto las tetas para oler bajo ellas, pero no alcanzo más que a mojarme la nariz por el sudor, hundo mi cara en su vientre y les digo que su ombligo huele a benjuí, como dicen en los libros del siglo XIX, y me preguntan qué es benjuí y les digo que no tengo ni idea y nos echamos a reír juntos; aprovecho su risa para meter la cara en su coño, ellas ríen un poco más, paso la lengua por sus labios y succiono un poco y muerdo otro poco, asomo la cara y les digo que su coño sabe a chocomilk, a leche tibia con chocolate durante una mañana fría cuando nos negamos a ir a la escuela.

No me lleven a la escuela, les digo en el coño, no me lleven, y ellas se ríen, pero yo me agarro fuerte a sus caderas y hundo la cara en su coño y les grito no me lleven, no me lleven de vuelta, por favor, pero ellas gritan ¡basta! Me dan un golpe en la cabeza, me ponen boca arriba y tratan de pararme la verga a mamadas, yo cierro los ojos y quiero dejarme llevar, pero por más que intentan no lo logran. ¿Has tomado muchas pastillas?, me preguntan, y pienso ¿cómo saben que he estado tomando pastillas? Y digo sí, y me dicen que ya debería saber que los ansiolíticos bajan la libido. Me calman a fuerza de arrebatarme el deseo, me quitan la vida con tal de dejarme vivo. Les

pido una segunda oportunidad, por favor, por favor, pero ellas ni lo intentan y me dejan solo mientras siguen con las risas y los jugueteos.

No me queda más que levantarme de la cama e ir por un trago y pastillas, y al regreso arrimo una silla y me siento a verlas. Y pienso que no, que las pastillas no tienen que ver con mi falta de libido, la culpa la tiene mi madre. Su muerte me devastó. Soy un hombre menos. Se llevó con ella al hijo, que era mi mejor yo. De ese hijo sólo han quedado sus correlatos psíquicos más miserables: el deseo de reconocimiento filial, de ser consentido mucho más que querido. El amor y la amistad me importan menos después de la muerte de la madre. Porque ella se lo llevó todo consigo.

La muerte de mi madre aplacó mi sexo para siempre. Sólo con ella, en su cama, en su sexo, podía ser el hombre sumiso que quería ser, porque a nadie le gusta admitir que el amor, el amor de verdad, es humillación, y que si uno no está dispuesto a ser humillado ningún amor funcionará. Los amores fracasan porque, de un tiempo a esta parte, la gente sólo quiere el papel del humillante, pero es un papel difícil y no basta con ser violento o arrogante, hace falta el encanto de la estupidez, porque nada es más delicioso que aquella persona que nos humilla sea un perfecto imbécil, una persona vulgar y sin chiste, casi sin belleza, y exenta de todo interés.

Parecen condiciones sencillas, fáciles de cumplir, porque mal que bien todos podemos, con muy poco esfuerzo, pasar por imbéciles y caer en la más completa vulgaridad, pero regularmente, en una persona común, tal vez incluso sensata, estos defectos son demasiado visibles o francamente insoportables, muy pocos saben sacar provecho de su idiotez y casi nadie puede hacer de su vulgaridad un mérito, entre otras razones porque no *son* conscientes de su estupidez ni de su vulgaridad. En cambio madre *sabía* que lo único que de verdad poseía era vulgaridad y estupidez, y los elevaba a condición de privilegios, los convertía en dones que ofrecía sólo a los más allegados, en trombas que hacía caer sobre tu cabeza si era necesario, te hacía sentir que sólo tú podías darte cuenta de que era estúpida y vulgar, y que por tanto conocías *su* secreto, *su* debilidad, y entonces eras capaz de todo por madre, no te quedaba más que arrodillarte y besar sus pies, darle vuelta y besar el dorso de sus rodillas, y meter las narices en su culo y encontrar los rollitos de papel higiénico que se le enredaban en los pelos e intentar deshacerlos con la lengua, y allí y sólo allí, con media cara entre sus nalgas descubrías que era la mujer más indefensa de este mundo, era un pajarito, una serpiente bebé, un cucarachita, una vaca de madera, un ovillo de lana, una mascarita olmeca que uno debía guardar y proteger.

Ninguno habló jamás de amor, sino de repugnancia solícita como la de un cirujano que corta un tumor; de repugnancia avariciosa como la

del hombre de la basura que selecciona lo que puede aún ser útil entre la comida podrida; de repugnancia tierna como la de los dueños de perros que levantan la mierda de sus mascotas con una bolsa y aún pueden sentir la tibieza de las heces y se preguntan cuál será la temperatura de la mierda humana y si es la misma que la de los menstruos o el semen; de repugnancia frívola como la de las niñas que hacen una torta de lodo y fingen que es un pastel de cumpleaños para el padre remiso que lo prueba un poco y dice «¡Mmmm, qué rico!». No, nadie habló jamás de amor sino de repugnancia. El sexo era un navajazo de nihilismo.

A partir de hoy, me avisa el presidente en mi celular, la luz eléctrica está limitada a unas cuantas horas durante la noche. El toque de queda va en serio.

El silencio corta. Dan ganas de gritar.

Un graznido como de grullas me despierta y veo que las gemelas han terminado. Les ofrezco agua, whiskey y pastillas, lo único que tengo, aceptan el whiskey y rechazan lo demás.

—¿Satisfechas? —Las gemelas se ríen, están exhaustas, el olor a sudor y sexo permea la habitación, respiro hondamente para no olvidar esos cuerpos—. Y ahora díganme: ¿dónde puedo encontrar a mi padre?

Las mujeres se miran, parece como si les hubiera pedido que bailaran o cantaran, se hacen las tímidas —¡allí, desnudas y con la vulva palpitando a punto de un infarto, se hacen las tímidas!—, con la mirada se dicen empieza tú, no, empieza tú, no, tú primero, es un número que se saben de memoria y que me exaspera.

—¿Saben algo o no de mi padre?

—Lo sabemos todo —dicen al unísono, y eso basta para convertirme en un niño al que están a punto de contarle un cuento nuevo.

Me siento en el piso, ellas acomodan su desnudez contra las almohadas, son dos odaliscas de Ingres —una montaña rusa de cuello y hombros que baja con rapidez a la cintura y sube lentamente por las enormes caderas hasta bajar de nuevo a la punta de los pies— que han venido a relatarme una historia.

—Para dar con tu padre —comienzan al unísono, y durante todo el relato las voces se deforman, se vuelven más agudas o más graves, a veces parecen hacer alguna coloratura, pero siempre a dúo— hay que hacer una peregrinación hasta la parroquia de Nuestro Santo Señor del Spleen y encontrar allí quien lo mate a uno. —Se ríen como brujas—. Tu padre es el sacerdote, le llevan cuerpos de hombres y mujeres que han muerto violentamente, a diario llegan docenas de cuerpos y él elige los que aún son propicios, aquellos que todavía no se han podrido los desuella y con el pellejo viste altos muñecos de madera que él mismo talla, y los lleva al atrio y los exhibe, y la gente les reza y les pone flores y los llama Los Justos porque los fieles creen que volverán un día a hacer justicia, y otros dicen que porque murieron siendo inocentes y sólo ellos van a contemplar la Faz de Su Creador: allí están las niñas violadas por sus parientes, las jóvenes apaleadas mientras volvían del trabajo a casa, los hombres que no se dejaron asaltar, los latinoamericanos que creen estar saliendo de un infierno para llegar a México, el país de Todos los Muertos, están los gringos que vienen a surfear y los apuñalan en la playa, están los alemanes que vienen a contemplar pájaros y los cazan con flechas, a ellos los puedes reconocer porque en los hombros de su muñeco ponen un

cenzontle de madera, algunos dicen que así se van volando; están los griegos, muy venerados por estas tierras, que vienen buscando el Lugar de los Últimos Sacrificios Humanos, quieren conocer a Nuestro Señor Xipe Tótec, vienen con ganas de sacrificio y se ofrecen solitos a ser inmolados, a ellos, si todavía están buenos, les comen las carnes porque son sagrados, sobre todo las nalgas porque son chintololos, y lo que queda de sus cuerpos lo ponen al frente de Los Justos.

»Muchos fieles vienen y les quiebran un dedo o dos y se los llevan como relicarios. A los que llegan muy mal, ya podridos o incompletos, a ellos tu Señor Padre les corta las cabezas, las hierve y las limpia hasta dejar sólo los cráneos mondos y con ellos levanta un *tzompantli,* que es el Tablero de Nuestros Desaparecidos, allí van los fieles que no han podido encontrar los cuerpos de sus padres o abuelos, de sus hermanos o hijos, en un cajete hay grana cochinilla para que escribas en la frente de la calavera que más te guste el nombre de tu Desaparecido, y entonces rezan y llevan flores y veladoras, y luego ya no se puede distinguir si se llamaban Roberto o Víctor, Sol o Isabel, porque a diario llegan otros fieles que ponen otros nombres, unos encima de otros hasta que no puedes leer nada y son un manchón de nombres y letras de todos los Desaparecidos.

»A la parroquia hay que entrar descalzo porque es un charco de sangre y, para orar, uno se hinca y se mancha de sangre, y las pilas tienen sangre, y se reparte una hostia coagulada, y todos se llaman entre ellos Hermanos de la Sombra, porque saben que la sombra de la Muerte se los va a tragar. Ve, Jacobo, ve a buscar a tu padre y dile que te mate y te ponga entre Los Justos porque sólo así te vas a salvar.

—¿Cómo llego a la parroquia de Nuestro Santo Señor del Spleen?

—Mañana te levantas tempranito… —dice una.

—Y te bañas, porque mira nomás cómo andas —dice la otra y las dos se ríen—, y vas a Chapultepec, y allí en los baños de Moctezuma va a estar esperando un pelón al que vas a reconocer por una larga cicatriz que tiene en el cráneo, dile que eres un Hermano de la Sombra y que quieres conocer a tu padre.

Simulacros, irrelevantes. Nuestro único trabajo es escribir, informar a los otros del círculo infinito de lo mismo: lo que vives, lo que sabes, lo que escuchas. Somos oidores y espías. Y nos ganamos unos puntos. Me pongo, como último acto de rebeldía, a escribir lo que la red no quiere oír. Este es el reporte de un sobreviviente:

JF8525681 Oct. 18, 2070 1800 h

Señora madre padecía eczema. Ante cada puesta en escena, sus lesiones cutáneas se disparaban tanto como su neurosis. La piel se le necrosaba y mi trabajo consistía en meterla a la bañera preparada con aceites y soluciones médicas. A veces jugábamos a Marat y Charlotte Corday. Yo hacía de Charlotte, desde luego. Nos sabíamos de memoria los diálogos de Marat/Sade *de Peter Weiss. Luego, cuando nos cansábamos de ese juego, la ayudaba a salir de la tina, la secaba con mucho cuidado, presionando delicadamente la toalla contra su cuerpo. La acostaba sobre la cama y poco a poco, una a una, le arrancaba todas las costras hasta dejarla en carne viva. Así empezó todo.*

JF8525681 Oct. 18, 2070 1900 h

Siempre he vivido una vida intrauterina. No soy abogado ni ingeniero, no soy contador ni enfermero, estudié, no importa qué, pero de unos años para acá sólo soy un insomne. El insomnio es mi vocación, es mi tarea última y ocupa toda mi vida porque vivo pensando en la llegada de la noche, en el momento en el que me encuentre con los ojos abiertos frente a la luna.

No importa cuántas pastillas tome, eventualmente, a lo largo de la noche despierto y no vuelvo a dormirme. El insomnio aniquila el resto de mis facultades, pero al mismo tiempo hace que todo cobre su justa dimensión y comprendo que ya nada importa. La gente sólo cree en su celular. Amor, amigos, trabajo, placeres o distracciones sólo existen en el celular, viven en el celular sólo para aquellos que creen en la peste y siguen dormidos; para los que hemos despertado definitivamente nada de eso es posible. Y desde luego, esto que ahora escribo tendrá consecuencias. ¡Pero al menos algo será real!

En modo alguno pretendo ponerme por encima de los que duermen. No. Ellos son rubios, yo soy moreno. No hay en ello elección y por tanto no puede haber ningún mérito. Pero el sueño y el insomnio nos radicalizan. Yo no puedo estar con nadie: debido a mi insomnio abandoné a mis amigos, los veo con demasiada claridad; debido al insomnio me abandonaron

todos, ninguno soportó mis caminatas nocturnas alrededor de la casa, acostumbro abrir las ventanas de este quinto piso y mirar al vacío. Nadie soporta ver a un hombre en su límite, el insomnio es una conciencia que no quieres, una alarma que no deja de sonar.

JF8525681 Oct. 18, 2070 2200 h

En realidad, es la noche la que no deja de sonar. Los que duermen pasan toda su vida sin escucharla, pero la noche avanza crujiendo como un río congelado, haciendo un rechinido de puerta vieja que se abre, de serrucho atorado entre las vetas contrarias de un madero, de rueda de hierro sobre un riel roñoso. La noche cruje como una gran osamenta. Y cuando has escuchado eso, ya no puedes volver atrás.

Entro al cuarto de las gemelas, duermen abrazadas y sudorosas, y van de vuelta al paraíso gemelar que los impares hemos perdido para siempre. Las veo y la seguridad de su sueño, su entrega a los brazos y las piernas de la otra, me conmueve mucho, hasta me parecen bellas.

En cambio, madre y yo éramos feos. No teníamos la honorable monstruosidad de tantos de nuestros compatriotas. Esa fealdad nos habría salvado, porque mezclada con nuestra natural cerrazón y melancolía, suele convertirse en un atributo, en una máscara defensiva, como las gárgolas en las catedrales, las cabezas olmecas o las efigies de los escudos antiguos. Incluso Atenea necesita de una égida, la piel de cabra con el rostro de Medusa. Nuestra fealdad era común: narices grandes y escurridas como si estuvieran goteando, caras redondas y contundentes, piernas cortas… Se diría que el único rompimiento con esa fealdad ordinaria, una suerte de nihilismo que mi madre ejercía de manera orgánica, era un rosario de verrugas que le salpicaban el cuello y bajaban hasta su pecho, algunas eran rosadas y esponjosas como los dedos del pie de un bebé, y otras negras y duras como carbones apagados. En conjunto, tenían un efecto reaccionario, la hacían avanzar hacia una especie anterior, como si estuviera a punto de convertirse en un lagarto con gorguera.

Todo esto en su caso se convirtió en una pequeña ventaja, gracias a nuestra larga tradición de actrices feas, no fueron pocos los directores que la explotaron creando una tensión al representar personajes que supuestamente debían ser bellos, Julieta, Ofelia, Lulú… Tomo el celular y escribo.

JF8525681 Oct. 18, 2070 2300 h

Cuando ya era vieja, a mi madre le dieron el papel de Lulú en una adaptación de las piezas de Frank Wedekind. Recuerdo la tarde en que llegó a casa a contármelo, mi primera reacción fue estallar en carcajadas porque pensé que se trataba de una broma. Pero luego me pareció una burla, una ofensa ejemplar que un director ruso cometía contra mi madre. El borracho ruso —el típico viejo cochino, con dientes podridos por la perpetua pipa que fumaba en todas partes sin importarle los reglamentos que prohibían fumar en espacios cerrados, y si no la fumaba de todas formas siempre la tenía en la boca y le impedía darse a entender— fingía un español de turista pese a llevar décadas viviendo en México, y se empeñaba en una pésima pronunciación como un homenaje a la patria que lo ignoraba por completo, que jamás lo había considerado y para quien, en

definitiva, no existía, pero allí estaba el viejo puerco atropellándose con la pipa y el resultado era un graznido en español, un cuervo dirigiendo teatro en un español demótico.

Pero había que admitir que era un gran torturador de actrices (no sé por qué, los actores le importaban un comino), yo jamás me divertí tanto en los ensayos de mi madre como cuando la dirigía ese ruso viejo y apestoso a tabaco y sudor.

Los ensayos de teatro resultan muy tediosos, no son más que un mero control de accidentes físicos —impedir que los actores se caigan, cuidar que los fresneles y los cañones no apunten al lugar equivocado—, es echar al escenario a los actores como si se tratara de un juego de dados y esperar a que caigan en la posición deseada, el borracho se contentaba con hacer gestos: cerraba los puños frente a la cara de mi madre y decía «dame más», sugiriendo que buscaba cierta intensidad, cierto dramatismo, o decía «vete, vete más lejos», y ella interpretaba eso como le daba la gana y sucedía a veces que ambas imprecisiones —la del actor y la del director— coincidían en un punto originando el milagro.

Porque eso es el teatro y por eso nos gusta: suerte y accidente como la vida. Y mi madre lo sabía, andaba a ciegas por el escenario tratando de interpretar a una mujer más joven de lo que era ella en ese momento, más guapa de lo que nunca fue y dueña de una sensualidad respondona que casi nadie tiene en la vida, pero allí estaba, haciéndose la coqueta, la tímida, la niña, la putona, hasta que de algún modo todo parecía encajar y finalmente conseguía por unos breves instantes, brillantísimos, convertirse en Lulú.

¡Cuánto disfruté su Lulú! Me gustaba llegar tarde a la función, sólo para alcanzar el momento en que Lulú y Jack el Destripador se encuentran, madre miraba al actor con temor y deseo, y el actor se quedaba corto, era un Destripador de cartón, y no sólo por malo, sino también por su físico, un pobre ñango a quien mi madre le sacaba quince centímetros de altura, parecía desnutrido y absolutamente apocado frente a esa Lulú que no era sino pulsión sexual, y entonces mi madre tenía que actuar por los dos, darle fuerzas al juguete para que este sacara el cuchillo y la amenazara, pero mi madre bien que sabía hacer que te dieran ganas de matarla, y hacía gala de todo su desdén, de esos gestos que practicaba con los meseros en un restaurante: los llamaba con la ceja y un chasquido, como si se tratara de caballos, y justo cuando estaban a punto de acercarse los despedía con un solo dedo, y lo podía hacer tres o cuatro veces durante una cena, así, mi madre le ofrecía a Jack su boca como si fuera un esfínter y luego la retiraba, y adelantaba la pelvis dejándole oler el viejo chocho y el pobre imbécil del actor no podía creerlo y caía, función tras función, en la seducción de mi madre y ya no sabía si era Lulú la que se le ofrecía como un lujoso veneno o mi madre, la ruca fea pero cachonda.

En cualquier caso, a mí la apatía de ese actor enano me hacía gritar

como gritan los niños que van por primera vez al teatro y ven que el lobo se acerca por detrás a Caperucita y gritan al unísono «¡cuidado, allí está detrás de ti!», sólo que en lugar de prevenir a Lulú, yo gritaba «¡pero qué hija de puta, mátala ya!», y un coro de «¡shhhshhh!» me hacía callar y sentar en la butaca, donde me revolvía mordiéndome los labios, sosteniendo la mirada en ese momento que era desde luego el más brillante de la obra porque Lulú se apoderaba del asesino y lo convertía en otro más de sus enamorados, en uno de esos ratoncitos perplejos ante los ojos de la serpiente que ya no se molesta ni en atacar y sólo abre su mandíbula y espera a que salte el alucinado.

Yo la esperaba afuera no sólo a que concluyera la función, sino a que terminara de despedirse de sus admiradores, a que terminara de abrazarse con sus compañeros actores —tan ridículos, jugando a quererse, a ser entrañables, a ser inseparables mientras dura la temporada—, y cuando salía, corría a abrirle la puerta del coche y volvíamos a casa para desnudarnos y coger de manera ruin y mezquina.

—Eres un peligro para los demás y para ti mismo.

—Nunca quise lastimar a nadie.

Despiertas y sientes que has llegado tarde a ti mismo: a tus gestos, a tus palabras, a tus acciones, como si fueras un autómata que construye una conciencia pero llega sólo a tiempo para corroborarla, para justificarla. Te levantas y sientes que estás completamente desfasado con respecto a lo que ocurre a tu alrededor, no alcanzas a brincar lo suficientemente lejos para tomar al vuelo la realidad que va un poco más veloz que tú, y los vuelos de tu ropa se quedan atrapados entre las puertas del baño o de la habitación, que cierran antes de lo previsto, y entonces cometes el error de querer ir más rápido y te arrojas el vaso de whiskey a la cara antes de poder abrir la boca y sientes que tienes prisa de ti mismo. Eres puro impulso, pura reacción, velocidad sin motivo ni meta, te agarras de lo que puedes, de las servilletas, de las sillas y del sillón, intentando sincronizarte con la existencia, pero es demasiado tarde.

Así me siento cuando veo los platos servidos en la mesa. En un primer par están las cabezas de las gemelas, tienen los ojos cerrados y parecen seguir dormidas tal y como las dejé antes, una está sostenida sobre los restos del cuello y la otra duerme sobre la mejilla izquierda, ambas flotan sobre un espejo de sangre. Más adelante, hacia el centro de la mesa y todavía temblando de frío, dos pares de tetas con los pezones y areolas azules.

Volteo la cabeza hacia la habitación y veo correr la sangre como serpientes que huyen de una hoguera. Son dioses. Los sueños, la muerte, el sexo, la sangre, el terror, son simulacros de dioses, los dobles de Dios que nos acompañan todo el tiempo, no ayudan ni entorpecen nada, sólo son testigos, súbitas chispas que se encienden cuando duermes, cuando mueres, cuando sangras o tienes miedo. Allí es Dios.

Madre sale del refrigerador, está vestida como mi bella genio, una hurí de pacotilla que danza alrededor de los platos, y luego, sórdida como sólo puede serlo una madre, los toma con las manos y me los presenta, Salomé y Santa Águeda al mismo tiempo, ofreciendo la cabeza y las mamas sobre una fuente de plata.

—Alguien me sigue.

—¿Quién puede ser? —dice madre bailando frente a mí con los platos servidos de sangre.

—Mi padre…

—De haber sido tu padre ya te habría matado, es sólo un aviso.

—¿Aviso de qué?

—De que estás intentando entender algo que no te es permitido.

Salgo a la calle y contemplo la ciudad, está desnuda e indefensa. ¿Qué pasaría si el paraíso, el verdadero paraíso perdido no fuera esa ensoñación donde los animales, los hombres y la naturaleza viven en perfecta armonía, sino un lugar de energías criminales, donde el sexo y la violencia, donde las heces y la comida conviven en la concordia que da el descuido y la indiferencia? ¿Y qué si entonces, lo propongo como hipótesis de trabajo, nunca hubiéramos salido de *ese* paraíso?

Camino por Reforma hasta llegar al bosque. Y en las rejas lees:

Estaba la madre en carne viva.

Como la vida, Chapultepec huele a mierda. Una mierda fresca, sana, casi alegre. Avanzo por un sendero y me encuentro otra vez con mi madre. Está remando en el lago, feliz como una niña, pero de pronto me mira, guiña un ojo y a una señal suya comienza a sonar el aria de la Reina de la Noche.

Mi madre, que no hablaba ningún otro idioma que no fuera el materno, comienza a voz en grito: «*Der Hölle Rache kocht in meinem Herzen! / Tod und Verzweiflung flammet um mich her!*» Me recuerda a las viejas películas cómicas donde una mujer flaca y fea llamada Vitola pegaba alaridos, y quiero echarme a reír, pero el esfuerzo de madre por alcanzar las notas y producir una coloratura convierte mi burla en profunda ternura, y es allí donde madre triunfaba siempre.

Era la clase de gente que leía de todo, periódicos, revistas, a veces incluso libros, sólo para saber qué era lo que debía pensar: la escuchabas después, durante el desayuno o la comida, repitiendo frases completas que había leído y dándoles un aire de «justo hace rato se me acaba de ocurrir», y era tan ingenua que no salía de su propia emoción y se convencía de que aquellas palabras no eran otra cosa que ideas propias. Supongo que por eso le encantaba ser actriz, porque tenía siempre la réplica exacta a la mano sin tener que pensarla. Pero su inautenticidad era conmovedora, porque te permitía entrever el vacío que había en su persona —¿quién no está lleno de su propio vacío?— y la necesidad de colmarlo con extravagancia, absurdo, teatralidad. ¡Mírenla, ahí la tienen dando grititos como la Reina de la Noche!

Mi madre era todo lo torpe que ustedes gusten, pero a fuerza de convertirse siempre en otra cosa y en la medida en que anulaba su supuesta individualidad gracias a la fuerza de la imaginación, nos mostraba que, si no podíamos ser nosotros mismos —puesto que no existe un solo nosotros mismos—, entonces teníamos todo el derecho a no ser nada, a no ser nadie. Cuando terminó su aria se acercó a mí remando, y al llegar a la orilla la ayudé a desembarcar.

—No sabía que hablaras alemán…

—Es la lengua franca de los muertos, te haría bien aprenderla antes de que *tengas* que hacerlo.

—Tampoco que cantaras tan bien…

—Ese es el problema con los hijos, creen que lo saben todo de sus padres, pero ¿qué van a saber si nos miran sólo desde una perspectiva?

—Madre, yo te miré desde muchas…

—No seas insolente, Jacobo, es demasiado infantil. Y te aclaro, siempre fuimos madre e hijo, sin importar lo que hiciéramos, éramos los mismos.

—¿Qué quieres, madre? ¿No has obtenido todo lo que deseabas?

—Vengo a decirte que no lo escuches.

—¿A quién?

Madre señala a un hombre que está a lo lejos, sentado al borde de la alberca de Moctezuma. Pienso por un segundo en lo bello que debió haber sido bañarse aquí una noche de primavera, a la luz de antorchas, después de un día de cacería.

—¿Quién es?

—Uno que te va a decir que no existo, que he muerto, que estoy en tu imaginación.

—Ay, madre, si yo sé que no existes, que estás muerta y eres mi imaginación.

—¿Entonces por qué hablas conmigo?

—Porque con quién voy a hablar si no es contigo, madre.

—Es tu esfinge, y si no respondes a su pregunta, vas a morir.

—Mi esfinge soy yo.

—No, no, siempre tenemos que responder ante los demás.

—Si vamos a morir, ¿qué tenemos que declarar?

—Eso estaría muy bien si sólo bastara con vivir y morir, pero el verdadero misterio es saber para qué vivimos. Eso te van a preguntar, ¿qué vas a responder?

—Que no hay misterio. No somos más que un puñado de terminales nerviosas, neuronas que elaboran dificultades para sí mismas, sueños, mitos, con la única intención de creer que somos algo más que un mero chip de información evolutivo.

—Me hace gracia lo que dices, tú que llorabas a mares cuando te dejaba en el kínder, tú que quisiste ocupar el lugar de tu padre en mi vida, y ahora resulta que eres puro impulso.

—No, tengo un objetivo: ir apagando luces, bajar el volumen de los ruidos exteriores para entregarme, al final, a la noche y al silencio. No mucha gente lo entiende, y cuando se descubre a oscuras se enfada con el mundo a su alrededor y piensa que su oscuridad se debe a la maldad y al desdén de los demás, pero no, somos nosotros los que levantamos un muro frente al mundo y es nuestra única prerrogativa como especie, entender en esa oscuridad vital lo que nos ocurre, y no es otra cosa que un pequeño viaje hacia la extinción.

—Eres un sentimental como todos los incestuosos.

—Madre, sólo tengo una cosa que decirte: lamento haber nacido.

—Lo sé, mijito, pero ¿qué le vamos a hacer? A todos nos toca al menos una vez.

Y desaparece en un hongo de humo.

Sigo el sendero hacia la poza de Moctezuma. Tengo poco tiempo: apagué el celular y apagarlo está prohibido, y cuando lo haces las compañías telefónicas están obligadas a dar una señal de alarma, quiere decir que ya no quieres convivir ni socializar y eso es castigado. No puedo arrojarlo al lago o a la basura porque eso es peor, los castigos aumentan si te deshaces del celular, tienes sólo uno, con todos tus datos, y si te deshaces de él estás cometiendo el peor de los crímenes.

Me acerco al tipo, me mira, comprende que voy hacia él y se yergue un poco, como si quisiera parecer un poco más alto. Curiosa la manera en que competimos los hombres, quiero ser más grande, más fuerte, cualquier cosa con tal de que no me hagas daño. Pobres hombres, pobres de nosotros. Me pongo junto a él.

—Soy Hermano de la Sombra y quiero conocer a mi padre —le digo como si se tratara de un código que pudiera abrirme una conexión secreta con el mundo.

El tipo contiene la risa y voltea a verme de frente.

—¿Qué?

—Soy Hermano de la Sombra y quiero conocer a mi padre —digo, ligeramente menos convencido.

—No sé de qué chingados hablas.

—Las gemelas me dijeron que estarías aquí…

—¿Magda y Clara?

No tengo idea de si esos son sus nombres, o lo eran, pero digo que sí.

—¿Dónde están?

—Las vi en una cantina, me contaron sobre mi padre y que tú me llevarías con él, eso fue todo —digo y veo claramente sus cabezas sobre unos platos de peltre.

—¿Qué te contaron? —Se lo narro rápidamente mientas pasa de la risa a la franca carcajada—. ¿De verdad? Par de cabronas.

—¿Me vas a llevar o no a ver a mi padre?

—Es tu padre el que te busca, Jacobo, tú lo sabes, te estamos buscando desde hace días.

—¿No es sacerdote de la iglesia de Nuestro Santo Señor del Spleen?

—Jacobo, basta, tú sabes que no… ¿Sigues hablando con ella?

—¿Con quién?

—Ya sabes con quién.

—No sé de qué hablas.

—Déjala, Jacobo, déjala ir. Si no la dejas, te va a matar.

—No me puede matar un fantasma.

—Todos morimos por algo que no existe.

—¿Sabes o no quién es mi padre?

—Claro que lo sé —me dice, y basta con esa certeza para que me

siente delante de él, allí entre el pasto y la mierda. ¿Habrá sido este pelón quien mató a las gemelas? Es mi *daimon,* su obligación es conducirme a las puertas del Hades, pero allí no puede seguirme. Estoy seguro de que firmé un pacto con este demonio idiota, a mí me tocó el demonio sin luces, divertido pero bobo, burlón y sentado en la silla de ruedas del espíritu, no sabe más que repetir.

»En aquel tiempo, tu padre era el juez más famoso de la ciudad. Era conocido por la piedad con la que trataba a los acusados: siempre creyó que bajo el más feroz de los criminales había un monstruo herido tratando de salir, como todos nosotros, de esta inmensa oscuridad, y hacía lo posible por castigarlos, si el jurado los declaraba culpables, de la manera más justa posible, sin dolo ni venganza. Hasta que tuvo que resolver el caso de los setenta y siete perros.

—No recuerdo esa historia.

—Fue hace tiempo, ya habías nacido pero eras un bebé. La historia, tal como la recuerdo, va así: setenta y siete perros escaparon de un laboratorio durante un terremoto. Eran perros inoculados con diversos virus con el fin de probar en ellos vacunas y medicinas que más tarde, si daban resultado y pasaban todas las pruebas sanitarias, se venderían para salud de los humanos. Eran perros, se diría, venenosos, todos estaban aislados y no debían ser tocados por riesgo al contagio. Durante el terremoto, el techo del laboratorio se vino abajo y muchas jaulas se rompieron, algunos de los perros quedaron atrapados o aplastados, pero los periodistas prefirieron llamarle el «caso de los setenta y siete» porque los médicos sabían que allí había setenta y siete perros de muchas razas y de ambos sexos.

»Pero otros creen que la peste que ahora nos está matando se originó con aquella fuga; se habla de un virus extraño que estaban probando con ellos para eliminar a cierta parte de la población, específicamente a un grupo que aseguraba que sus vecinos ricos se habían robado un río completo para poner una presa en su club de golf, que era cascada y cisterna a la vez. Los inconformes estaban haciendo ruido buscando llevar su caso a organismos internacionales de ecología y derechos humanos, de modo que se determinó que les enviarían tanques con agua cada semana con la esperanza de que se calmaran, y en algún momento llevarían agua contaminada con uno de los virus sintéticos, con el objetivo de exterminar a los revoltosos.

»Nadie sabe si el plan se llevó a cabo o no, tanta gente ha muerto en estos años… Lo único de lo que estamos seguros es de que los perros asustados por el terremoto, y probablemente por haber estado sometidos a toda clase de abusos en el laboratorio, evitaban ser atrapados de nuevo y mordían a cualquiera que se acercara, y mientras huían se colaron en un kínder lleno de niños tan aterrados como sus maestras por el terremoto.

»Los perros atacaron a las maestras y a los niños, se habló en los periódicos de que a muchos de ellos les destrozaron los bracitos o una pierna, y que cuando caían al suelo los perros les arrancaban la cara, pero de eso no hubo jamás una sola prueba, sólo los dichos de las maestras, que si bien tenían algunas mordidas, ninguna de ellas era cosa de otro mundo, todo se resolvía con curaciones y unas cuantas suturas, pero el gobierno, para distraer la atención del terremoto que había destruido puentes y edificios habitacionales recién levantados y entregados con pompa por el presidente, decidió centrar los reflectores en el ataque de los perros asesinos, como ya se les llamaba.

»Así que las redes sociales bombardearon a la opinión pública con detalles casi lujuriosos sobre el suceso: que había aparecido un dedo o un pie, que una madre nunca pudo encontrar el cuerpo de su hija y creó un pequeño ejército de figuras de madera a las que llamó Los Justos y que representaban a los niños muertos durante el ataque. Y dicen que todavía los tiene vestidos con ropa de niños y niñas alrededor de su jardín.

»Fue un gran escándalo el que consiguieron crear para desviar la atención de los destrozos que había causado el temblor, a tal punto que un grupo de activistas pidió que se juzgara y se condenara (en caso de ser culpables) a los setenta y siete perros. Miles de personas firmaron una petición en Change.org para llevar a juicio a los animales. El presidente, atendiendo el clamor ciudadano, grabó un mensaje televisivo en el que aseguraba que se daría captura a los perros y se les presentaría ante la justicia, y él mismo se dio como plazo bíblico cuarenta días y cuarenta noches.

»Durante ese tiempo hubo una cacería frenética de perros, tanto callejeros como domésticos, los soldados, en lugar de atender las labores de rescate y sacar a los que se habían quedado atrapados por el terremoto, hacían todo lo posible por encontrar perros que parecieran feroces y violentos.

»Finalmente, al cumplirse la fecha establecida, se entregó a la comisaría un grupo de perros, nunca se supo si setenta y siete o más, desde chihuahuas neuróticos hasta melancólicos caniches que los polis hacían rabiar a patadas para tomarles fotos en las que se vieran feroces. Tu padre fue designado por el alcalde de la ciudad como juez del caso. Los medios y todos los ciudadanos volcaron su atención al juicio, olvidando por completo a los desaparecidos y los que llevaban días enterrados vivos. Y era lo que se esperaba, todos querían un culpable, porque es la única manera de expiar el miedo y el dolor: infligir dolor y miedo a los inocentes. Es un rito homeopático sobre el que está fundado Occidente.

»Entonces llegó el gran día, y en plena Plaza Mayor, frente a la Catedral de México, se levantó un templete para tu padre y un corral

donde los acusados se cagaban, literalmente, de miedo, cuatro policías custodiaban el corralito y de vez en cuando lastimaban a los animales con bastones eléctricos que los hacían enfurecer y darse dentelladas entre ellos de puro ardor.

»Tu padre cedió a la presión pública y gubernamental, era imposible que dejara libres a los animales, nunca juez alguno tuvo sobre sí la ruindad completa de la prensa, de los tertulianos de programas del corazón, de actrices y directores mexicanos que trabajaban en Hollywood, súper comprometidos con nuestro país, de los internacionalistas, de honestos académicos que ofrecían su desinteresada opinión en redes sociales, de columnistas semanales que por fin tenían algo que decir, y desde luego del gobierno, que mandó colocar enormes pantallas en toda la ciudad para ver en vivo el juicio de los setenta y siete con tal de desaparecer de la vista los edificios derrumbados, los muertos por docenas.

»Se exigió una pena excepcional, y tu padre los condenó a ser crucificados. Era una pena ridícula e injusta. Pero tenía la brutalidad necesaria para calmar los ánimos. El juicio ocurrió durante la mañana y para el mediodía ya estaban listas las cruces: cruz *commissa* para los perros grandes como los golden retriever, cruz *immissa* para los perros medianos como los beagles, y cruz *simplex* para los chihuahua. Tuvieron que romperles los omóplatos con un mazo para poder abrirles horizontalmente las patas delanteras. Los aullidos de los animales resonaron en los oídos de la ciudad mucho después de que hubieran muerto, era como si la Ciudad de México entera estuviera pariendo el dolor del mundo. Parecía que lloraban con lágrimas de pena por todos los seres humanos que existieron y existían en ese momento, parecía que hablaban pidiendo que los bajaran o que les dieran muerte de una puta vez.

»El cardenal salió a darles la extremaunción, incluso quiso confesarlos (presumía, como el santo de Asís, de entender el lenguaje de los animales), pero ya era tarde, los perros no sabían más que del dolor y la agonía.

—¿Y la gente? ¿Y mi padre?

—La gente se tomaba selfis frente a los crucificados. Durante meses las redes se llenaron de videos, fotos y memes. Tu padre no pudo más, al ver a los setenta y siete perros crucificados (ahora dicen que fueron muchos más) se llenó de vergüenza y se recluyó en un albergue para ancianos, aunque no era tan mayor. Desde entonces no ha querido ver a nadie.

—¿Y mi madre?

—Tú sabes qué le pasó a tu madre, Jacobo. Pero ven, tu padre te espera, me dijo que te llevara con él.

—¿Así va a terminar todo esto?

—De la única forma posible.

El pelón me alarga un vasito de plástico con varios comprimidos. Reconozco las formas, los colores. Primero fue una, hace años, luego dos y tres, y cuatro y cinco las pastillas que ahora necesito para sobrevivir. Si por lo menos me hicieran bien, pero no consiguen más que aturdirme, y bajo ese aturdimiento se mantiene intacta la certeza de que todo es inútil, y todo está vacío, y no hay más que un hoyo negro que crece y crece y va devorando lo poco que antes me interesaba. ¿Qué quiere la gente?, ¿qué quieren esos viejos que ya no pueden ni andar y se cagan en sí mismos?, ¿qué quieren los amantes sino cometer un crimen? Estoy convencido de que todo niño, en el fondo, quiere suicidarse, y si no lo hace es porque teme que sus padres lo regañen aun después de muerto. Como si los padres no estuvieran malditos ya por haberlos traído al mundo. ¿Nadie ve lo que hay allá afuera? Envidio profundamente a la gente que vive como si la matanza no ocurriera, como si el universo no tuviera como única voluntad la extinción.

Recibo el vasito y una botella con agua. Me tomo juntas las pastillas, soy experto. El pelón me da la mano, me trata como un niño muy pequeño, lo dejo hacer, tal vez sea mejor así. Tal vez.

Un auto nos espera. Chapultepec es espléndido, un bosquecito con castillo y todo, entrada al Hades y set fotográfico para quinceañeras, parque para pobres y jardín trasero de los ricos, lago de juguete que nos recuerda nuestras entrañas lacustres, ilusión de emperadores y oficina de presidentes, museo y basurero, Chapultepec es el convulso inconsciente de la ciudad y sus habitantes.

Salimos a la calle, no hay más que sangre y muerte, somos un pueblo reaccionario al que se le notan el hambre, el sueño, el vómito, la depresión nerviosa que lo mantiene en duermevela durante siglos, y cuando se despereza lo hace en espasmos, en matanzas, y regresa a echarse a dormir. Mientras avanzamos en el auto, aprovecho para escribir mis últimas entradas.

JF8525681 Oct. 20, 2070 1600 h

No permitía que nadie le quitara las costras excepto yo. Era un trabajo de desollamiento altamente preciso, lento, que le dejaba la piel azul y palpitante. Especialmente hacia las zonas limítrofes, allí donde terminaba: sus pezones eran de un azul celeste pálido y las areolas iban del centro hacia fuera del cobalto al áster, las puntas de los dedos de sus pies eran cerúleas, bajo sus uñas había una gota de violeta, sus párpados hacia las

cejas eran iris y hacia las pestañas azul macilento. El azul umbilical al centro de su cintura corrompía su palidez, pero la joya, la tanzanita de su cuerpo era su pubis, de un azul vertiginoso y opulento, un azul de canícula que no se rebajaba jamás al negro.

Azules eran todas las estrías que la ropa interior dejaba sobre su piel. Su piel achicharrada por el tirante horizontal del sostén, ese camino que va de la copa a la espalda y que cubría su costado con un acordeón de piel malva. Malva era la corona que dejaba en su cintura el resorte de los calzones, sobre todo cuando los había traído puestos todo el día, yo hundía la cara en esa franja arrugada de sudor azul antes de bajar a la mandorla de su vulva que mordía, succionaba o golpeaba con mi glande y poco a poco los labios se iban amoratando, como su ano cuando no estaba sucio. Todo era azul excepto sus ojos, negros y bizantinos como el abismo incandescente en el que va a terminar nuestra existencia.

JF8525681 Oct. 20, 2070 1630 h

Nos teníamos prohibido, por un acuerdo tácito, hablar de cariño, ya no digamos de placer, y nos veíamos obligados a compensar esa ausencia de lenguaje de la forma más simple, con sexo; como los dioses antiguos, yo debía transformarme en perro y rayo, en toro y helecho, en lluvia de oro y cuello de cisne, para seguirle los pasos, para continuar en el juego y poseerla, pero apenas entre mis manos, madre, como las ninfas, se convertía en río, en laurel, en vaca de madera, en cáliz de bronce, en piedra de alumbre, y la persecución comenzaba otra vez.

Terminábamos haciendo el amor de lado porque mi panza oprimía su vientre si me subía en ella. Me he acostumbrado a llevar mi panza como un embarazo psicótico cuyo padre es mi madre. Mi panza nos ridiculizaba a ambos, era como hacerle una broma pesada a su cuerpo, un mal chiste que nos incomodaba a los dos. Sólo nos liberábamos de esa tensión exagerando otras incomodidades, yo me tiraba pedos, o atacaba con tal fuerza su vagina, inyectando aire con mi verga, que al sacarla se pedorreaba como un globo y nos echábamos a reír. Pero la risa no pertenece al sexo, el sexo es solemne y violento como un descuartizamiento. Quien se emplea en un matadero tarde o temprano tiene que abandonar su sentido del humor, el sexo quiere sumisión y poder, y nadie puede ser sumiso si se echa a reír, y nada teme más el poder que el ridículo.

La risa nos humanizaba pero nos separaba sexualmente, no lo hacíamos seriamente, no podíamos hallar un rol que nos pudiera engañar lo suficiente para mantener una comedia donde ella podía ser sumisa y tímida, y yo violento y procaz, o ella aventurera y zorra, y yo un maestro de escuela de provincias, calvo y ventripotente, que ha malgastado su vida en un matrimonio con una mujer enfermiza; cada vez que queríamos asumir un papel, incluso el más mezquino, el más ruin de todos —el de hombre y mujer—, nos echábamos a reír y bastaba con que alguno de los

dos se tirara un pedo para que aquel equilibrio se interrumpiera y volviéramos a ser dos personas, a tener oficios y distracciones, preocupaciones y gustos, y entonces nos separábamos y hablábamos de cualquier cosa, mientras el sexo se iba alejando a galope. Y volvíamos a ser indefectiblemente madre e hijo.

Veo desde lejos el edificio que ha sido mi casa durante estos últimos años, me llevan de vuelta. Como un niño, tengo ganas de llorar. Me acerco más y sé que otra vez voy a tener que explicarme, confesar que maté a mamá, y agregar que también maté a las gemelas. Y al mismo tiempo pienso que no es para tanto, nuestras angustias son grandes sólo porque las padecemos nosotros, y las razones que dinamitan, que encienden ese dolor pueden ser sencillas y simples naderías, el dolor mismo está estragado por muchas razones y sinrazones, tiene estrías de recuerdos, de impresiones, de personas que viste y a quienes no les hablaste, tiene las voces de Dios y la del mendigo que te insulta, duelen los recuerdos y el presente, duele la imposibilidad del futuro, su incertidumbre, duele lo que dijiste y lo que no pudiste decir, recuerdas con suma precisión las ofensas que te han hecho, y repites una y otra vez en tu cabeza las que hiciste, de las que te sorprendes y te avergüenzas, te duelen las oportunidades que has dejado ir y las que ya sabes que no vendrán, te ofenden los favores recibidos y los que te han negado, duele no poder hacer contigo lo mejor que puedes hacer y saber que te desperdicias, te burlas de ti mismo y dejas que lo hagan los demás, duele que, en el fondo, no estás preparado para nada, que los golpes de dolor y de felicidad te dan en plena cara y no sabes encajar los unos ni los otros, duele no ser capaz de reconocer la belleza donde la hay y los errores justo antes de cometerlos, duele no conocerte lo suficientemente bien, de lo que eres capaz, hablo de bajezas, de pequeñas ruindades, duele saber que en el fondo sólo tienes miedo y duele, al fin, saber que no eres mejor que nadie.

Hemos llegado. El doctor Díaz está en la puerta, esperándome.

Nos dirigimos a uno de los pabellones del hospital del Comité de Salvamento Público, subimos las escaleras y pasamos por el vestíbulo, entramos al salón de la derecha, hay una sola silla y frente a ella un teatrino.

Carajo, no me lo puedo creer.

El pelón me indica que *ese* es mi lugar, mi asiento. Dudo, doy unos pasos y pienso que no hay héroe que no descienda al lugar de los muertos, incluso Jesús lo hizo aunque desconocemos qué ocurrió allí. Es la última prueba y mi alma será salva. El pelón se impacienta, me sigue a prudente distancia: si doy tres pasos, él sólo avanza uno, si cruzo el salón para ver desde otro de los ventanales, no se mueve, pero se voltea para vigilarme.

Grita: segunda llamada, segunda. Eso fue un poco rápido, ¿y la primera?, no quieren que me distraiga ni un momento más. Tercera llamada, tercera llamada. El pelón me empuja hasta mi asiento, las luces del salón se apagan y las del teatrino se prenden, aquí vamos otra vez. ¡Comenzamos!

El telón sube haciendo un pequeño rechinido como si le dolieran las rodillas. Aparece el coro, tres títeres de tela vestidos como se supone que vistieron los griegos en la época clásica, dicen que la ciudad está llena de humo, súplicas y lamentos. La gente muere sin saber por qué, y a lo que no saben cómo llamar le llaman peste. Primero perdimos a nuestros hijos, dice uno de los títeres, luego a nuestros hermanos, dice otro, y ahora los padres estamos solos. Sólo tú, Edipo, sabio entre todos, puedes ayudarnos. Salen.

Edipo aparece, es un joven con hocico de perro vestido de modo contemporáneo. Sé que es Edipo porque, como el resto de los personajes, lleva una cartela pegada al cuerpo con su nombre. La escenografía es un rollo de papel pintado con casas de colores y un sol amarillo. Entra en escena Yocasta, una cerdita rosa y coqueta. Edipo y Yocasta se besan, uhhhmmm, uhhhmmm, dice alguien detrás del teatrino. Luego, ella se aleja de él, pero Edipo la sigue, insiste y ella ya no quiere, lo empuja. Edipo no entiende lo que está ocurriendo, si todo iba tan bien, ¿por qué ahora ya no quiere?, ¿qué pasa?

Yocasta es actriz, va de obra en obra, ahora la vemos en el papel de Gertrudis en *Hamlet*. Vemos el momento en que Hamlet se pregunta ¿qué es Hécuba para el actor? Y yo pienso que esa pregunta ya no es posible, es como si nos preguntáramos ¿qué significa tener padres?, ¿cómo ser empático con un animal que ni siquiera sabe lo que es? Es una pregunta que sólo valdría la pena hacerse si pudieran contestarla

otras especies: ¿qué soy yo para una hormiga?, ¿qué significo para un oso o una medusa?, ¿en qué medida le importo a un árbol o a un bosque?

Ahora sólo cabe preguntarse ¿qué son todas nuestras angustias, todas nuestras tragedias privadas, para la Gran Inteligencia?

Lo más extraño, lo peor de todo, es que esto que sufre no es más que un sistema nervioso, un conjunto de células, grasa, músculos, hueso, un sistema profundamente incapacitado para sufrir y encauzar el sufrimiento, por ello nuestras soluciones son bárbaras e inútiles, porque ya no sabemos qué es Hécuba para nosotros, salvo un montón de algoritmos que juntos no hacen ni siquiera un yo.

Edipo mira todas las obras donde participa la madre y la espera a la salida de los teatros y vuelve a suplicar amor, cariño, sexo. Yocasta no entiende cómo este hijo, ciertamente amado, no entiende de límites y que su afecto no puede ir a más porque se volvería sucio.

¡Todo es sucio!, le contesta Edipo, sucio el nacimiento y sucia la muerte, y durante la vida nos pasamos limpiando la mierda, lavando los restos de orina, previniendo el mal olor de las bocas, sacando cera de los oídos, recogiendo la sangre de los menstruos, pero de todas formas convivimos con los desechos propios y ajenos, compartimos camas, cuartos de baño, asientos públicos, olores y suciedades, ayudamos a desaparecerlos, a limpiarlos, a secarlos, y los demás nos ayudan a olvidarlos. Pero nunca es posible del todo, la vida surge de ese caldo, de la mezcla y la mancha.

Yocasta accede otra vez, accede a querer al hijo más allá de las posibilidades maternas, y luego vuelve a decir no y no. Y cree que tiene que confesarle todo al padre para que la ayude con este hijo, para que pueda convencerlo de que no es posible, que aquello no puede seguir. Edipo y Layo se enfrentan, Edipo trata de matarlo con sus propias manos, pero Layo no es un viejo, es un hombre que se defiende, mira de frente a Edipo y luchan, es una lucha que aún no termina y donde no vence nadie. Por fin, agotado, Edipo se dirige hacia la madre, intenta por última vez tener su amor, pero ella se niega, y entonces el hijo toma una cuerda, la envuelve alrededor del cuello de su madre y estira, estira hasta que la cuerda no da más.

Comprendo. Sólo a través de una operación literaria podemos levantar esa figura que llamamos con nuestro nombre. El yo es pura literatura, fuera de eso sólo hay carne y huesos que pretenden darle alguna realidad a esa ficción, pero que jamás lo consiguen porque la realidad es más pesada, más improbable y nada puede asirla.

Finalmente aparece otra vez el coro y dice: Los que presenciaron de lejos esta historia creían que se trataba de mala suerte, pero la mala suerte es pata de perro, llega y se va; otros veían en estos hechos la transfiguración de un viejo destino, esa augusta guirnalda de sangre con la que se busca dignificar meras fechorías; sin embargo, aquello era algo menos denso pero más sucio, las sombras rotas de la desgracia que no tienen que ver con los sucesos aunque se muestren en ellos, es una humedad que cala y hiede, a la que uno se acostumbra y termina por experimentar como normal y tolerable, es un epílogo que no termina, un impulso sin propósito, un falso sentido que atribuimos a la vida y que no es sino la mera complicación e

inutilidad de la existencia.

Cae el telón. Detrás del teatrino aparece el doctor Díaz, mi padre. Está visiblemente nervioso, incluso triste.

—Huiste.

—No quería morir. ¿Cómo me encontraste?

—Por favor, Jacobo, tú querías que te encontráramos, si no ¿para qué pintarrajear la ciudad con tu *Stabat Mater*?

Silencio.

—Estás infectado, hijo.

—La peste no existe, es un invento.

—Además mataste a tu madre y a dos enfermeras del Comité de Salvamento Público que trataron de hacerte volver.

—¡Las gemelas!

—No eran gemelas, Jacobo, ni hermanas ni primas, ni siquiera se parecían, pero siempre les dijiste así, las gemelas.

—Tengo miedo.

Nos sentamos en un sillón, entra un enfermero y mi padre le hace una seña. El tipo sale.

—Te voy a acompañar en todo momento. Ven, siéntate aquí conmigo, vamos a esperar a que nos traigan la inyección.

—¿Me vas a dormir como a un perro?

—Vas a pertenecer a Los Justos, a los que dieron su vida para salvarnos a nosotros.

—Yo no quiero salvar a nadie.

—Estamos a la mitad de dos mundos, uno que ya no reconocemos y otro que no sabemos cómo será, nuestra labor es precipitar el fin del primero. Ya les tocará a otros comenzar algo nuevo. Tú sabes que es necesario, Jacobo.

—¿Y por qué no te mueres tú también?, quizás así llegue más rápido el cambio…

—Porque primero hay que liberar el camino, siempre hay gente que estorba, a la que no le gustan los cambios. Que no sabe estarse quieta mirando su celular. ¿Es mucho pedir?

El enfermero vuelve, parece un ángel o un idiota, trae una patena y un copón, *Mi alma está muy triste, hasta la muerte,* no, es una crismera y una naveta, *Abba, aparta de mí…,* ya basta, esto no es teatro, es una simple charola, un frasco de pentobarbital y una jeringa. Mi padre me pide el brazo. Se lo ofrezco, me pone una liga casi a la altura del hombro para hacer visibles mis venas. ¿Llora? No lo creo. Me limpia con un algodón húmedo de alcohol. ¿Qué caso tiene? Es mi última inyección, ¿qué podría contaminar al pentobarbital? Me duele el pinchazo y mientras hace pasar el líquido me desanuda la liga. El proceso termina, me pide que doble el brazo.

Comienzo a sentir un ligero adormecimiento, un miedo súbito y la imposibilidad de escapar. Mi padre se sienta a mi lado, pongo la cabeza sobre sus piernas y me acaricia el pelo. Recojo las piernas, quiero meterme en su vientre. Regresar.

Y así, me digo, de generación en generación, nos damos la mano para acompañarnos en la oscuridad y el desconsuelo, muy de vez en cuando nos susurramos una historia, una ficción, y sospecho que quien la susurra sabe muy bien que se trata de una ficción, que la está inventando justo en ese momento, tal vez uno que otro fanático tiene tanto miedo que incluso se cree lo que inventa, pero en cualquier caso, me temo, esa es la única respuesta posible, la única iluminación y trascendencia: decirnos al oído, tranquilo, no llores, todos estamos perdidos y la noche es inmensa, no alcanzas a vernos pero atrás y adelante hay un río de gente que pide ayuda, pan y consuelo, si tú no puedes darlos, no llores ni grites, no asustes a los demás, si puedes tomar la estafeta de líder, prometemos seguirte hasta que te canses, te desilusiones o te mueras, no te preocupes, mañana o pasado otro se encargará de ir al frente, no tienes responsabilidad alguna porque no puedes hacer nada, como nadie ha podido y además no es necesario, ven, aquí estamos todos, los pasados y los presentes, hoy nos tocó acampar en tu angustia, mañana levantamos y seguimos, por hoy lo único que podemos ofrecer es compañía.

¿Me estoy muriendo? A cada uno de nosotros nos toca ver el fin del mundo. Nada nace con nosotros. Pero todo muere con nosotros. Y la muerte nos seduce haciéndonos creer que su llegada dará orden y sentido a nuestra vida. Cuando alguien muere, ya sea por miedo o un excedente de imaginación disparado por la neurosis, comenzamos a ver en todas las acciones de su existencia el resultado de una invisible voluntad, como si en el fondo se hubiera guiado por una cartografía secreta, incluso para sí mismo, pero latente en sus compulsiones, en la musical insistencia de sus fracasos y en la perezosa consecuencia de sus deseos.

Guardo la esperanza de que, a mi muerte, alguien consienta en ver el extraño dibujo que he configurado con mi vida —mis pequeñas manías y pasiones, mis afectos ora intermitentes ora ardorosos, mis heroísmos de parque abandonado, mis virtudes de templo en restauración, mis rencores peinados con caricias como se hace con los perros más queridos, que nunca tuvieron sentido ni objeto, meros hologramas de la especie, desconcierto de átomos, incandescencias de la materia—, que se convierta para alguien en trama y trazo, en un dibujo excéntrico si se quiere, un garabato para los más escépticos, un arabesco visible sólo por un segundo antes de que se lo trague el oscuro silencio que nos ignora por completo. Madre, allá voy.

AGRADECIMIENTOS

Las novelas se escriben a solas, pero si hay suerte, no en solitario. Amigos y familia parecen desempeñar un papel específico en la ceremonia de la escritura. Tal vez no sea más que la verdad irracional del escritor, pero no por irracional y neurótica es menos necesaria. Agradezco a mi padres y a mi hermano por su luz y su sombra. A Moramay Kuri por su apoyo y cariño durante tantos años. A Luis Felipe Lomelí, por las charlas sobre escritura y árboles. A Gabriela Fonseca, Juan Jacinto Silva, Guadalupe Pereyra, Guillermo Serrano y Jeannette Avendaño por su amistad y atenta lectura de este texto en sus primeros borradores. A Myriam Vidriales y Carmina Rufrancos, que me acogieron en Editorial Planeta; a mi editor, David Martínez, cuyo trabajo impecable y tenaz elevó la apuesta —y espero haber estado a la altura—. Y a Omar Villarreal, que permanece a pesar de mí.

Acerca del autor

DANIEL RODRÍGUEZ BARRÓN Nació en la Ciudad de México en 1970 y estudió Letras Inglesas en la UNAM. Ha sido editor, guionista y colaborador en periódicos y revistas. Es autor de la novela *La soledad de los animales* (2014); de los libros de cuentos *Los mataderos de la noche* (2015) e *Incidentes* (2013); y del relato autobiográfico *Morbosacro* (2018). En 2002 recibió el Premio Nacional de Dramaturgia Joven Gerardo Mancebo del Castillo por la obra *La luna vista por los muertos*; y en 2008, el Premio Nacional de Periodismo por el documental *Disi denci a sin f n*. Bajo el nombre de *Diorama*, está próximo a estrenarse un largo metraje basado en su pieza, *La luna vistapor los muertos.*

Fotografía de portada: © Joanna Jankowska / ArcangelImages
Fotografía del autor: © Moramay Kuri

Bajo el sello editorial SEIX BARRALM.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: mayo de 2019
ISBN: 978-607-07-5818-8

Primera edición en formato epub: mayo de 2019
ISBN: 978-607-07-5829-4

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

Table of Contents